

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO DE LA TARDE.

Proposición condenada por la Santa Sede.

«Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recenti civilitate sese reconciliare et componere.»

Proposición condenada por la Santa Sede.

«El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y avenirse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna.»

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 10 rs. al mes y 30 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 50 rs. trimestre.—En Ultramar: 20 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, número 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA.

Asuntos muy importantes y que nos tocan más de cerca, nos quitaban hoy la mayor parte del espacio que dedicamos a los asuntos extranjeros; pero ya que los telegrafistas se han empeñado en que se crea que ha de ser liberal la política del nuevo ministerio austriaco, hemos de trasladar las noticias verídicas que *La Discusión* tiene de aquel ministerio, y las cuales refieren del siguiente modo:

«El cambio ministerial (en Viena) ha sido un golpe contra las ideas liberales. Los hombres de partido no se hacían ilusiones acerca de las tendencias de Mr. de Schmerling; sabían que era muy reducido el círculo de libertad en que giraba aquel hombre político; pero se podía contar con que sería fiel a su programa, el cual, a pesar de su escasa latitud, constituían un progreso positivo.»

Los hombres que han sido llamados a la dirección de los negocios públicos, en reemplazo suyo, inspiran por el contrario grandes temores. Mr. de Belcredi, gobernador que ha sido de Bohemia, y ministro de Estado en el nuevo Gabinete, pasa por hombre completamente entregado a las ideas reaccionarias. Mr. de Mensdorf-Pouilly, presidente del Consejo de ministros, y Mr. de Rechberg, presidente del Consejo de Estado, son personas igualmente contrarias a las ideas liberales.

Como confirmación de estos temores, se anuncia que este cambio ministerial ha causado una viva alegría a Mr. de Bismarck y a sus colegas.

De las regiones gubernamentales de Florencia a las regiones bonapartistas; de estas al *Monitor*, y desde el *Monitor* a las columnas de los diarios madrileños afees a unas y otras de aquellas regiones, ha pasado una historia de las negociaciones entre la Santa Sede y Víctor Manuel, que en punto a veracidad responde a su origen y a los conductos que debía recorrer.

A tener hoy más espacio disponible sacaríamos a la vergüenza esta historia que se da al respetable público en forma de carta florentina; pero no pudiendo insertarla, diremos de ella que es acabada muestra de la habilidad que tiene el pilatismo para mentir o para disfrazar.

Se dice que el Gobierno de la Santa Sede se propone referir la historia de estas negociaciones.

Si en efecto sucede así, lo cual no nos asegura ningún conducto digno de crédito, nuestros lectores, como conocen los antecedentes verídicos de estas negociaciones y los repugnantes manejos públicos con que el Gobierno del Rey excomulgado ha impedido que llegaran a término dichos, conocerán los manejos secretos con que aquella gubernamental reunión de impíos pedantes ha estorbado que se cumplan los nobles, piadosos y caritativos deseos del grande y bondadoso Pío IX.

TELEGRAMAS.

LONDRES, 4.

A pesar de la oposición de lord Palmerston en nombre del ministerio, se ha adoptado en la Cámara de los Comunes una moción poco favorable al lord canciller por suponerse que no podía tener toda la imparcialidad debida al juzgar la cuestión de la quiebra Leed. Según el *Daily Telegraph*, la opinión general es que el lord canciller presentará su dimisión, entrando a sucederle lord Cranworth.

PARIS, 4.

Se ha levantado el bloqueo de todos los puertos del Sur, que quedan abiertos al comercio desde 1.º del corriente, y se ha decretado que el ejército se disminuya en 50,000 hombres.

La *Patris* dice que Francia e Inglaterra están acordadas en las principales cuestiones que pueden surgir de la nueva situación de los negocios en América.

Mr. Belcredi ha sido nombrado definitivamente ministro de Estado en Viena; su programa será la unión de hecho con la Hungría y la reducción del presupuesto de la Guerra.

PARIS, 4.

En la Bolsa de hoy han quedado: el 3 por 100 interior español, a 00 0/0; el 3 exterior, a 00 0/0; la diferencia, a 40 1/8; la amortizable, a 00 0/0; el 3 por 100 francés, a 67-05; el 4 1/4 a 95-85.

LONDRES, 4.

Los consolidados ingleses quedaron a 90 1/8 a 1/4.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 5 DE JULIO DE 1865.

EXPOSICIONES A S. M. CONTRA EL RECONOCIMIENTO DEL TITULADO REINO DE ITALIA.

SEÑORA:

Los que suscriben, obediendo la voz de su conciencia, los intereses del Catolicismo, los justos y nobles deseos de nuestro angustiado Padre Pío IX, y al amor y adhesión profunda que sienten hacia el Trono y dinastía que por la gracia de Dios nos preside y gobierna humildemente, suplican a S. M. Católica que no reconozca nunca los sacrilegos despojos y usurpaciones del Monarca que se intituló Rey de Italia.—Señora: A. L. R. P. de V. M.

Vicinos de la villa de Brafim, partido de Valls.

José Finter, Cura párroco.—Francisco Mestre, Presbítero coadjutor.—José Porta, Presbítero beneficiado.

José Carré, Presbítero beneficiado.—Andrés Tomillo, Presbítero beneficiado.—Pablo Porta, alcalde.—Jaime Vives, juez de paz.—Juan Valdósera, regidor.—Francisco Porta, teniente alcalde.—Isidro Pedro, concejal.—Juan Vives, regidor.—José Cister, regidor.—Isidro Valdósera.—José Vives, profesor.—José Canalla, profesor.—Francisco Porta, facultad de medicina.—Daniel Porta.—Juan Porta.—Martín Esteva, cirujano.—Jaime Porta.—Pablo Cristóbal.—Jaime Vives y Güell, propietario.—José Farrera Valdósera.—José Rivas, albañil, propietario.—Joquín Rivas, veterinario.—Juan Valentí, juez de paz suplente.—Ramon José.—Ramon Batalla, propietario.—Isidro Vives.—Martín Esteva.—Francisco Vives.—Juan Batalla.—Rafael Teseidó, propietario, médico.—Antonio Teseidó, médico-cirujano.—Francisco Sagala.—Pedro Vives.—José Vives.—Jaime Vives.—Jaime Santalo.—José Recasens, propietario.—Francisco Jové.—José Domingo, propietario.—Francisco Domingo.—Pablo Simó.—José Jové.—Francisco Jové.—Francisco Forné.—Ramon Plana Pauferre.—Juan Vives y Magra.—José Solanes.—Onofre Andreu.—Francisco Solé.—Domingo Domingo.—Pau Guinovast.—José Nin.—Salvador Artigas.—Jaime Calperá Valdósera.—José Pantalon y Vidal.—Juan Andreu.—Perez Gil.—Jaime Miracle.—Jacinto Cardallá.

Por no saber escribir, por consentimiento de los que siguen:

Salvador Miracle.—José Tous.—José Carbonell.—Pablo Fuste, firma.—Francisco Mestre, Presbítero coadjutor.—Bartolomé Esplugas.—Pablo Campanera.

Por los que no saben escribir y desean conste su nombre:

Pablo Colomés.—Pablo Badia.—Ramon Vives.—José Vives.—José Roig.—Jaime Recasens.—Juan Bartolomé.—Francisco Basquet, propietario.—Pedro Sistaré.—Gabriel Ventosa, propietario.—Jaime Grau, propietario.

Por no saber escribir, lo hace el reverendo Francisco Mestre, por los siguientes:

Pedro Fortuny.—Marcos Aguadé.—Pablo Fortuny.—Juan Aguadé.—Jaime Musolas.—Pablo Musolas.—José Corral.—Antonio Andreu y Valdósera.—Juan Andreu.—Antonio Vives y Nin.—Jaime Coll.—Francisco Batalla.—Juan Mercadé.—Juan Pons.—Jaime Vives y Vives.—Juan Busquet.—Antonio Gené.—Isidro Busquet.—Fernando Ravell, hacendado.—Isidro Busquet.—Isidro Busquet y Aguado.—José Roig.—Antonio Regusens.—José Gil y Andreu.—José Solé.—Salvador Tarrarons.—Juan Benet.—Luis Queralt.—Pedro Porta.—Juan Vilanova.—Francisco Sirvent, propietario.—Antonio Valentí.—Ramon Vives.—Miguel Andreu.—Jaime Andreu y Rovira.—José Gil.—Pedro Corral.—Antonio Corral y Calaf.—Jaime Masolas y Vives.—José Vives y Miracle.—Jaime Rivas.—Jaime Colomés.—José Campanera y Panués.—José Campanera y Recasens.—Francisco Bianchi, propietario.—Pablo Vidal.—Jaime Porta y Andreu.—Isidro Grau y Valls.—Miguel Vilanova.—José Vives.—Daniel Cunillera.—José Mercader.—Francisco Recasens, propietario.—Juan Gené y Masagré, hacendado.—Juan Gené y Mosté, hacendado.—Ramon Gené, propietario.—Jaime Andreu y Cardó.—Isidro Vives.—José Comas y Segarra.—Francisco Rull.—Jaime Comas.—Ambrós Gallofré.—Francisco Gil.—Pedro Gil y Torné.—Juan Mercadé.—Pedro Salvat.—Ramon Virgili.—Antonio Coca.—Pau Porta.—Miguel Mateu.—José Vives y Nin.—Francisco Vives y Calvet.—José Pascual.—Antonio Solé.—Pedro Gil y Toró.—Pedro Salvat.—Martín Guitart.—José Guitart y Rebentós.

Brafim, 29 de Junio, año del sello.

Vicinos del pueblo de Alió.

Antonio Masagré, Cura párroco.—Antonio Domingo, moralista.—Juan Batalla, cursante de sagrada teología.—Isidro Anguela y Rosell, cursante de sagrada teología.—Pedro Martí y Piqué, profesor de instrucción primaria.—José Coll, alcalde.—Juan Domingo y Monserrat, concejal.—Por José Monserrat y Cristia y Pedro Martí y Ollé, regidores que no saben firmar a su ruego, y por mí, Juan Rull, secretario.—José Monserrat y Racalers.—José Cunilleza y Barriach.—Francisco Monserrat.—Sebastián Domingo.—Juan Monserrat y Monserrat.—Isidro Monserrat y Domingo.—José Batalla y Monserrat.—Pablo Monserrat.—Mateu Ballvé.—Juan Rull y Lladó.—José Monserrat.—Pedro Batalla.—Bartolomé Guinard.—Andrés Anguela.—Juan Anguela.—José Batalla y Rodon.—José Domingo.—José Prats.—Francisco Batalla.—Pablo Vendrell.—José Monserrat y Virgili.—Por Juan Plana y Arriabat, José Cendrós.—Bartolomé Guinovart y Masgoret.—Sebastián Mercadé.—Bartolomé Andreu.—Raimundo Catalá.—Bartolomé Anguela.—Jaime Catalá.—José Catalá y Cadenas.—Juan Bautista Catalá y Rodon.—Juan Seudrá.—Pablo Vendrell.—Juan Jofé.—Juan Plana.—Juan Fusté.—Sebastián Monserrat.—Pedro Monserrat y Cristia.—José Domench.—Agustín Adrogués.—Pablo Dalmáu.—Pedro Dalmáu.—Pablo Batalla.—Andrés Anguela.—Juan Vendrell, que no sabe firmar, a su ruego y presencia firmo yo, Juan Rull Jomet.

Alió, 29 Junio de 1865.

Vicinos de la villa de Vilabella.

José Gil y Tarré, Cura párroco.—Antonio Gatell, acólito.—José Pie, alcalde.—Por José Domingo, regidor, José Pie.—José Pie, regidor.—Lúcas Sagú, regidor.—Juan Rafi, juez de Paz.—Daniel Rovira.—Juan Gatell.—Lorenzo Cessari, profesor de primera enseñanza.—Pablo Canela.—José Gatell.—Francisco Rafi.—Petra Gudall.—Juan Sagú.—Pedro Godell.—Juan Gagarola.—Antonio Siarado.—Ramon Vidal.—Pedro Mañé.—Pablo Gatell.—Antonio Blanch.—José Salvat.—Juan Giverbau.—Juan Mañé.—José Vives.—Pedro Pie.—V. Agustí Salvat.—Antonio Pie.—Pablo Gatell.—Pedro Piar.—Antonio Martí.—José Domingo.—Ma-

gu Lopez.—Juan Figarola y Rafi.—José Badia.—Antonio Andreu.—José Carallo.—Ramon Tous.—Pau Vepi.—José Gatell.—Alejo Martí.—Pedro Pie.—Juan Musté.—Pedro Canelas.—Francisco Figuerola.—José Sardá.—José Llantadon.—José Gavaldó.—Francisco Dalmáu.—Pablo Pie.—Juan Canelas.—Antonio Gelambi.—Antonio Gelambi.—Ramon Gatell.—Juan Canelas.—Antonio Sanahuja.—José Rovia.—Juan Blanch.—José Figarola.—Pablo Sanahuja.—Vicente Rafi.—Pablo Dalmáu.—José Boada.—Agustín Rabasa.—José Caza.—Pedro Giverbau.—Francisco Dalmáu.—Francisco Boada.—Ramon Sanahuja.—José Gatell.—José Salvat.—Francisco Salvat.—Juan Salvat.—Juan Canelas.—Pedro Musté.—Pedro Aguado y Solé.—Petra Molas.—Juan Rafi.—Francisco Canelas.—Pedro Figarola.—Francisco Gatell.—Pau Rabasa.—Jaime Rafi.—José Pie.—José Armengol.—Antonio Agude.—Jaime Rovira.—Casiano Rafi.—Juan Rull.—Miguel Mesbes.—José Musté.—Pablo Prim.—Ramon Sanahuja.—José Armengol.—Pablo Prim.—José Sendra.—José Sanahuja.—Petra Solé.—Antonio Dalmáu.—Juan Costas.—Pedro Rovia.—Pedro Musté.—Pedro Vendrell.—Pedro Giberbau.—Pedro Giberbau.—Francisco Sagú.—Juan Sager.—Juan Giberbau.—Juan Boada.—Juan Pie.—José Urpi.—Antonio Boada.—Ramon Urpi.—José Pie.—Pablo Llaviera.—José Rafi.—Casiano Rafi.—Juan Rafi.—José Boldú.—José Boldú.—Juan Boldú.—Pedro Mañé.—Juan Mañé.—Antonio Tous.—Pedro Tous.—Pedro Giverbau.—José Sagú.—Francisco Sagú.—José Sagú.—Pedro Figuerola.—Juan Figuerola.—José Figuerola.—Francisco Figuerola.—Juan Rovira.—Pedro Rovira.—Ramon Vendrell.—José Figuerola.—Pedro Armengol.—Joquín Salvat.—Ignacio Armengol.—Juan Figuerola.—Alejo Martí.—Pedro Blanch.—Juan Armengol.—Roque Prós.—Pablo Martí.—Antonio Agude.—Francisco Dalmáu.—Antonio Dalmáu.—Antonio Pelegrí.—José Dalmáu.—Pedro Canelas.—José Canelas.—Pedro Prim.—Pedro Prim.—Francisco Prim.—José Rafi.—Pedro Rovira.—José Sardá.—Salvador Cendra.—José Sanahuja.—Pedro Figuerola.—Juan Agude.—José Virgili.—Pedro Salvat.—José Tous.—Ramon Salvat.—Antonio Gatell.—José Gatell.—Juan Ganals.—Juan Figuerola.—José Rovira.—Juan Sardá.—Antonio Vendrell.—Francisco Coca.—Pablo Dalmáu.—José Salvat.—Pablo Figuerola.—Pedro Figuerola.—Pablo Andreu.—Juan Mañé.—Francisco Canelas.—Pablo Pie.—Pedro Gatell.—José Armengol.—Juan Figuerola.—Juan Giverbau.—Juan Giverbau.—José Sanahuja.—José Nícoles.—Juan Molas.—Juan Molas.—Antonio Gatell.—Ramon Porta.—Juan Figuerola.—José Salvat.—Juan Pie.—Jorge Pie.—José Rovira.—Daniel Rovira.—José Rovira.—José Rovira.—José Gatell.—Antonio Figuerola.—Juan Sardá.—Miguel Gatell.—Pedro Giverbau.—Pedro Salvat.—José Rafi.—José Gatell.—José Gatell.—Rafael Salvat.—José Salvat.—Pedro Rafi.—José Aubia.—Francisco Salvat.—José Sagú.—Pedro Figuerola.—Juan Dalmáu.—José Domench.—Salvador Mañé.—José Musté.—Sr. Mateo Llaberia.—Francisco Musté.—Francisco Salvat.—Ramon Gatell.—Juan Giverbau.—Juan Mañé.—Isidro Rabada.—Pedro Salvat.—Antonio Gatell.—Pedro Sanahuja.—José Sanahuja.—Antonio Gatell.—José Sagú.—Juan Ambia.—Pablo Mercadé.—Francisco Domench.—Juan Lopez.—José Canelas.—Pedro Godall.—Juan Sagú.—Juan Sardá.—José Godall.—Juan Godall.—Pedro Giverbau.—José Blasi.—Antonio Agude.—José Agude.—Juan Agude.—José Andreu.—Antonio Gatell.—José Godall.—José Damunt.—José Damunt.—Juan Damunt.—Alejandro Agude.—Juan Damunt.—Juan Agude.—Pedro Pie.—José Agude.—Pedro Sardá.—Pablo Figuerola.

Por todos los sujetos contenidos en esta lista que no saben escribir, con su consentimiento, firmo José Pie, regidor.

Pere Canela Pausalet.—Pau Colet.—José Gatell.—Antonio Pie.—José Andreu.—José Rovira.—Casiano Noll y Sostes.—Isidro Robada.—Juan Rull.—José Pie.—José Recasens.—Pedro Virgili.—Jaime Llanudo.—José Sagú.—Juan Blasi.—Rafael Ramon.—José Ramon.—José Armengol.—Juan Salvat.—Pablo Figuerola.—Pablo Figuerola.—Pedro Giverbau.—Juan Mañé.—Antonio Pie.—Ramon Agude.—Juan Gatell.—Juan Gatell.—José Lopez.—José Agude.—Juan Mestre.—José Mestre.—Pedro Serdos.—José Mercadé.

Por todos los de esta lista que no saben escribir, con su consentimiento firmo, José Pie, regidor.

SEÑORA:

Los que suscriben, obediendo la voz de su conciencia, los intereses del Catolicismo, los justos y nobles deseos de nuestro angustiado Padre Pío IX y el amor y adhesión profunda que sienten hacia el Trono y dinastía, que por la gracia de Dios, nos preside y nos gobierna, humildemente suplican a S. M. Católica que no reconozca nunca los sacrilegos despojos y usurpaciones del Monarca que se intituló Rey de Italia.

Vicinos del pueblo de Nules.

Antonio Domench, Vicario.—José Martín, alcalde.—José Vidalés, teniente.—Juan Vallvé, regidor.—Pedro Giverbau, id.—José Guell, id.—Esteban Salvat, id.—Francisco Coll, secretario.—José Vilanova, hacendado.—Jaime Vilanova, propietario.—Andrés Virgili.—Juan Solé y Sagarra.—Juan Solé y Pallarés.—Bernard Prats, maestro.—Tomás Prats.—Tomás Domingo.—Juan Domingo.—Francisco Domingo.—Narciso Mateu.—Perez Pajol.—Antonio Monserrat.—Pablo Boronat.—Perez Arnat.—Pablo Boronat.—Juan Martí.—Juan Martí y Vallvé.—Antonio Martí.—José Martí.—Pablo Bonet.—Antonio Tosa.—Pablo Arnat.—Francisco Arnat.—Blas Arnat.—Magi Colet.—Pedro Mulet.—Pablo Mulet.—Pedro Boada y Balcells.—Gregorio Boronat.—José Veciana.—Miguel Mestre.—José Boronat.—Juan Boronat.—Cosme Mestre.—Juan Salvat.—José Vallvé.—Juan Vallvé.—Juan Casany.—José Casany.—Martín Martí.—Pedro Saumell.—Juan

Martí.—Pedro Boada.—Francisco Boada.—Francisco Canals.—Francisco Vilanova.—Juan Domingo.—José Brullas.—José Pallares y Ventosa, hacendado.—José Calbet.—Juan Aubia.—Ramon Mercader.—Juan Rodon.—Isidro Mulet.—Isidro Mulet y Coll.—Simon Rodon.—Juan Vidalés.—Juan Domingo.—Francisco Guot.—Antonio Salvat y Terrós.—José Salvat.—Pablo Salvat.—Juan Calbó.—José Dalmán.—Perez Farré.—Salvador Arnat.—Miguel Pallarés.—José Pallarés.—José Tuá.—José Llogostera.—Juan Busquets, hacendado.—Isidro Mulet.—Juan Sanahuja.—José Guinovaut.—Juan Requesens.—José Güell.—Juan Güell.—Antonio Aubia.—José Boada.—José Pallarés Vilanova, hacendado.—Juan Martí.—Esteban Requesens.—Lorenzo Tuá.—José Tuá.—Juan Gibert.—Juan Gibert y Cabassa.—José Gibert.—Francisco Boronat, hacendado.—José Calbó.—Jacinto Calbet.—Juan Calbet.—Pau Aubia.—Juan Ballester.—Francisco Requesens.—Antonio Martí.—Antonio Martí y Massagué.—José Martí.—Francisco Aubia.—Juan Vidalés.—José Domingo.—Pedro Domingo.—Pablo Giverbau.—Pedro Giverbau.—Francisco Vidalés.—Pedro Vidalés.—Alejo Martí.—Pablo Martí.—José Martí y Boada.—José Arnat.—José Domingo.—Juan Domingo.—José Martí.—Salvador Martí.—Juan Carallo.—José Mercader.—José Mercader.—Juan Domingo.—Pablo Sabater.—Pere Domingo.—Pablo Queraltó.—Miguel Queraltó.—Juan Queraltó y Urpi.—José Queraltó y Urpi.—José Godall.—Pablo Godall.—José Godall y Gatell.—José Boada.—Pere Ingles.—Pedro Llenas.—José Ribas.—José Giverbau.—Juan Vilanova.—Juan Vilanova y Cabassa.—Pan Vilanova y Martí.—Ramon Güell.—Juan Vilanova.—Juan Boada y Guitart, hacendado.—Juan Boada y Mañé.—José Vidalés y Gené.—Francisco Boronat.—Jaime Boronat.—Juan Boronat.—José Vilanova y Martí.—Tomás Grau.—José Grau.—José Domingo y Martí.—Juan Pallarés.—Pablo Pallarés y Giverbau.—Pedro Domingo.—Pedro Pijuan.—Pablo Mestre.—Pedro Gené.—José Casellas.—Juan Grau.—Agustín Casani.—Juan Giverbau.—Isidro Godall.—Señora: A. L. P. de V. M.

Nules, 29 de Junio de 1865.

Vicinos del pueblo de Puigtiños, partido del Vendrell, provincia de Tarragona.

Francisco Frías, Presbítero, Cura párroco.—Pablo Vives, alcalde.—Jaime Armengol.—José Centell.—José Cabré.—José Boronat.—Juan Gassó.—Gil Soler.—José Saumell.—José Boronat.—Jaime Virgili.—Sujetos que han dado consentimiento para firmar por no saber: Tomás Ribé.—Juan Martí.—Pablo Boronat.—Francisco Virgili.—Juan Boronat.—Pablo Viciana.—Pedro Orpinell.—José Soler.—Pablo Coca.—Francisco Miguel.—Juan Orpinell.—José Torrelló y Mañé, profesor.

El ánimo más valeroso se abate al considerar la horrible situación en que nos hallamos.

Nos proponemos reseñar en este sitio la sesión celebrada ayer en el Congreso; pero no podemos dejar de decir antes algunas palabras acerca del gravísimo suceso ocurrido ayer en la Carrera de San Gerónimo y Puerta del Sol, suceso de cuyos pormenores hablaremos más adelante.

Todo se liga, todo se une, todo se completa. El Gobierno desde el banco azul proclama la licencia, la más escandalosa libertad para el mal en la imprenta, en la cátedra, en todas partes, y hace responsable del mal al Catolicismo, obra de Dios, y en la plaza de toros se presenta el Sr. Gonzalez Brabo y cien enérgicos se levantan y con desahogadas voces y amenazadores atermen piden que salga el exministro de la Gobernación. El Sr. Gonzalez Brabo tiene que salir de la plaza de toros a ruegos de la autoridad, incapaz de sosegar ni reprimir el tumulto.

Ayer la Guardia civil lleva por las calles preso un hombre que se resiste a la autoridad, que la insulta y apalea, y cien y cien transeúntes se ponen tumultuariamente de parte del criminal, logran su evasión y la autoridad queda burlada.

La seguridad individual ha desaparecido de entre nosotros: la autoridad sólo es obedecida cuando manda a gusto de la plebe. Tales son las inmediatas consecuencias de los principios sentados y puestos en práctica por el Gobierno.

Con harta razón decía ayer el Sr. Aparisi en el Congreso: *¡Esto se va!*

¡Esto se ha ido! podía haber dicho con toda verdad; porque lo que falta es muy poco en relación a lo mucho que hemos visto desaparecer.

El discurso que pronunció ayer este señor diputado, tan querido amigo nuestro, fué casi una oración de despedida; fué como el canto del cisne en el hombre político que con tanta constancia, con tanta ternura, con tanto donaire, suavidad y lenguaje castizo ha defendido las ideas más sanas, más españolas que se han emitido en aquel recinto. Amigos y adversarios reconocen y admiran su elegancia en el decir; la sinceridad de esa palabra que nace de la abundancia del corazón; la elocuencia embelesadora de esos períodos, ora enérgicamente cortados, ora numerosamente rotundos; pero ayer el Sr. Aparisi se excedió a sí mismo, para que el eco de su voz estuviese resonando siempre en sus oídos.

¿Será posible? ¿No hemos de volver a oír en nuestras asambleas políticas, siquiera en la *Convención* futura, esa palabra amiga, amiga de todo lo bueno, de todo lo noble y generoso, de todo lo recto y justo?

No lo creemos. Las inteligencias más elevadas, las voces más elocuentes de España se han consagrado en este siglo a la defensa de la verdad católica. Balmes y Donoso Cortés; han muerto con la pluma en la mano: Noedal está dispuesto a morir al pie de sus discursos. Los grandes dones que de Dios recibimos, nos imponen grandes deberes: por eso confiamos en que si la vida del Sr. Aparisi se prolonga mucho tiempo, no será el discurso de ayer el último que ha de oír España de sus labios.

Puede perecer entre nosotros la dinastía, puede eclipsarse aunque por brevísimo tiempo la monarquía; pero queda la sociedad, queda la Religión católica, que es imposible extinguir en nuestro suelo, ni desarraigar en nuestras entrañas, y ambas causas, que en realidad forman una sola, no han de ser abandonadas por quien sabe defenderlas tan bien como el digno diputado por Valencia. Así lo prometió ayer, y esto basta para nuestro consuelo y esperanza.

Combata el Sr. Aparisi el proyecto de autorización pedida por el Gobierno para plantear una nueva ley electoral. Ni al Sr. Aparisi ni a nosotros nos gustan la ley viente ni la propuesta por el actual ministerio: con una y otra se obtendrá una representación que no puede representar lo que es más importante en toda ley, la honestidad que sólo puede representarse por quien es competente para conocerla. Regularidad de la moral pública es y tiene que ser para los católicos la Iglesia, y mientras los Parlamentos, según la frase inglesa, puedan hacerlo todo, menos de un hombre una mujer, no hay representación buena posible, porque el absurdo moral no puede representarse, y mucho menos en una nación cuyos sentimientos y principios constitutivos son esencialmente católicos.

Por eso sin duda el Sr. Aparisi, desentendiéndose en cuanto le fué posible de la ley electoral, consideró el proyecto de autorización como voto de confianza en el actual ministerio; y en este campo combatió con toda amplitud la política de la situación que produce los acerbos frutos de que hemos dado una ligera muestra al principio de este artículo.

Hizo ver que la revolución, a quien había dejado en su último discurso llamando a *nuestras puertas*, había entrado ya y tomado asiento en los escaños del Gobierno. Demostró que el gran institutor de la democracia, el gran refulador de progresistas se había hecho progresista conservando el nombre de Union liberal, para convertirse en el gran sepulturero de los más gloriosos restos de nuestra antigua España. Progresista resellador de moderados, como antes fué moderado resellador de progresistas.

¡Pobre España, a qué grado de abatimiento has llegado cuando un hombre puede mandar enarbolar cada vez que suba al poder diversa bandera!—«Prestamistas de ideas ajenas, exclamó con energía el Sr. Aparisi, ¿por qué no llamáis a los progresistas?» La respuesta es muy sencilla. El general O'Donnell pudo darsela sin necesidad de levantarse, sin dejar de sonreír un momento desde el banco azul.—«Porque así no mandaríamos nosotros.»

Que el ministerio era radicalmente revolucionario, lo demostró asimismo con la lectura de los párrafos del *Suplemento de Las Novedades*, que ya le saben de memoria nuestros lectores; con la ley misma que se estaba discutiendo, gráficamente calificada por S. S. de *escándalo para los conservadores, y anzuelo para pescar progresistas*; con el triunfo de la democracia en la cuestión de enseñanza, con el reconocimiento de los latrocinios del Rey excomulgado, reconocimiento que la Reina de España no puede hacer, según dijo el Sr. Aparisi, por *hidalguita siquiera*.

Qué frases tan enérgicas y sentidas pronunció nuestro amigo a este propósito! Nos contentaremos con repetir la última: «Si reconocéis la Italia, formareis parte del ejército de Napoleón III, que sin tomar este título será de hecho el Rey de Occidente.»

No queremos atenuar con la más ligera reflexión la impresión que han de producir estas palabras en la nación del Dos de Mayo y de la guerra de la Independencia.

Contestóle el Sr. Posada Herrera. Ya que su señoría no puede hacer efecto por la elocuencia, quiso hacerlo por el escándalo.

«Si viniera la cuestión social, exclamó el señor ministro de la Gobernación, ¿quién la había traído? Los que en vez de acostumbrar al pueblo al trabajo, le llevaban a la sopa de los conventos, y en vez de entregar la propiedad a

las manos activas de los trabajadores, la amortizaban y le llenaban de trabas y obstáculos para su crecimiento.

—Todo lo que hoy pasa no puede ser culpa, más que del Catolicismo, que ha influido en la sociedad por espacio de 1900 años.

Basta: no extráctame otras máximas tan impías y perniciosas como esta.

Todo lo que hoy pasa, no es bueno, ni siquiera mediano. Esto no lo podrá negar el mismo señor Posada Herrera. Si todo lo que pasa no es bueno y todo lo que pasa es obra del Catolicismo, el Catolicismo es autor del mal.

El Catolicismo es obra de Dios. Esto tampoco podrá negarlo el Sr. Posada Herrera: luego Dios es autor del mal.

Así lo ha dicho el blasfemo Proudhon, y así se deduce lógicamente de la proposición sentada por el Sr. Posada Herrera.

¡Negro poder el que se conquista y se sostiene con tan horribles máximas!

¿Qué queda ya que decir á la prensa anticatólica, qué queda que enseñar á los profesores impíos después de lo que dice y enseña el Gobierno?

¿Qué queda que hacer al pueblo después de estas doctrinas, sino su voluntad soberana, su voluntad sin freno, rebelándose contra la autoridad y obediéndola sólo cuando le acomode?

Los discursos del Sr. Posada Herrera y las escenas de la Plaza de Torres, y de la carrera de San Gerónimo y Puerta del Sol, se ligan, se unen y se completan.

FRANCISCO N. VILLOSLADA.

Discurso pronunciado por el Sr. D. Antonio Aparisi y Guijarro en la sesión celebrada por el Congreso de diputados el día 4 de Julio de 1865.

El Sr. APARISI Y GUIJARRO. Señores diputados: al ponerse á discusión ese proyecto de ley, entiendo que se nos dirán dos preguntas: ¿os parece bien el proyecto? ¿os inspira confianza el ministerio? Contesto por mi parte: el proyecto no me parece bueno; el ministerio actual, políticamente hablando, no me inspira confianza.

Por eso quiero hablar, contra mi natural afición y costumbre, y quiero hablar cuando apenas puedo hablar: sólo Dios sabe cómo está mi pobre cabeza. Pero hay ocasiones en que cumple al hombre de honor y de conciencia hacer grandes esfuerzos, tanto más grandes, cuanto han de ser los últimos. Encuéntrome en el caso de un hombre que está en vísperas de un viaje muy largo, ó del viaje del cual no se vuelve, y pone en orden sus cosas y cumple fielmente encargos que recibió, y se despidió afectuosamente de sus amigos. Así voy, y así también vosotros, todos estamos de viaje; no sabemos cuándo volverá; no sabemos cuándo serán los habladores futuros de esta casa; y tal vez las cosas y los hombres, y con tal rapidez y desaliento, que aun es posible que se hayan desvanecido estos muros para una más numerosa y clamorosa representación de los pueblos.

Ha ya bastante tiempo, señores diputados, al discutirse la contestación al discurso de la Corona, os hablé, y quizá recordáis que dije sencillamente: esto se va; todo esto se va... Y como no tenía nada más importante que decir, me callé.

Voté, es verdad, y por punto general apoyando al ministerio que cayó, porque aquel ministerio al cabo representaba el orden, aunque, á mi juicio, no le representaba bien; voté, si he de hablar más exactamente, antes que en favor de aquel ministerio, en contra de las oposiciones que representaban la revolución, y confieso, señores, que no la representaban mal; pero guardé silencio. Estaba y estoy ocupado y preocupado en una cosa gravísima, en la contemplación de cómo esto se va; y además confieso ingenuamente que he tenido vivo en perpetuo e indecible asombro de cuanto estoy viendo y oyendo. Creíame yo curado de espanto, y solía decir con un personaje de un drama famoso que he visto tanto, tanto, tanto: Pero ahora me faltaba algo; que ver. Me faltaba ver, no ya la revolución llamada á las puertas, sino la revolución puesta en medio de nosotros, y en la franqueza y descaro inflexible, no gritando ó murmurando como en otros tiempos, muera los ministros y viva el Rey; sino amenazando al Rey y al Trono y á la unidad católica, á las grandes bases, en fin, de esta antigua y nobilísima sociedad.

Yo llegué á esperar, señores, que el amor á las instituciones que tenéis, según decís, que el juramento que todos hemos prestado y á que hemos de ser fieles, que vuestro mismo interés y el interés de vuestros hijos, podrían ser parte, no diré para concertar los ánimos, pero al menos para poner tregua á luchas sangrientas é insensatas; pero yo me engañé, y en términos que llegué á creer que en este país había muerto todo patriotismo y no andaba muy sano el sentido común.

Después me paré á considerar, y parecióme que podía haber alguna explicación menos ofensiva á tantos yerros. Pensé: en el mundo físico hay enfermedades misteriosas, el cólera por ejemplo, cuya naturaleza nadie conoce, del que sólo se sabe que es un misterio que mata; así en el mundo moral puede haber también alguna enfermedad desconocida que obrando en nuestra inteligencia, no nos consienta ver tan claramente ni juzgar tan rectamente como en tiempos ordinarios vemos y juzgamos. Fenómeno singular por cierto, que de cuando en cuando se ha notado en el mundo en los tiempos de grandes decadencias, principalmente en las vísperas de grandes trastornos. Entonces es de ver á los hombres andar como turbados y entontecidos, apenas está ninguno en su puesto; apenas hay uno que diga lo que siente ó sea lo que quiere, ó bre como deba; úsase una lengua extraña en que la significación de las voces no corresponde á su sonido, y aparece para castigo del mundo una casta rara, la de una especie de niños que en vez de estudiar se declaran ingenuamente hombres grandes, y mofan, y escaraban y fustigan todo lo que hay de más alto, noble y sagrado en la sociedad; y aparece otra casta rara, la de una especie de hombres que figuran ser graves, y no son más que niños ridículos que ríen y escandalizan por vanidades, y cuando el edificio social está desplomándose, son capaces de llegar á las manos por causas muy graves... ¡oh, muy graves! por cómo se ha de pintar la fachada del edificio que se derrumba, y singularmente por quién ha de pintarla.

Esto no lo concebimos bien porque vivimos aquí en este turbado centro, ensordecidos por el rumor de las gentes y fascinados por la rapidez de los sucesos que pasan á nuestra vista; esto no lo concebimos bien; pero mirados nosotros de alguna distancia, contemplados por nuestros nietos desde el siglo futuro, ¿qué hemos de parecer á los ojos de nuestros nietos?

A esta especie de trastorno y de turbación atribuyo, y sólo por ella explico el proceder extraordinario de ese partido que no sé por qué da en llamarse todavía Unión liberal. A ese partido se ofreció á mi modo de ver una magnífica ocasión en los primeros días del ministerio del duque de Valencia: no tenía más que inclinarse, por decirlo así, para recoger lo que aquel ministerio, en la apariencia al menos, tenía desamparado y recogido, levantarlo y realizarlo y proclamarse defensor del orden sin perjuicio de hablar de libertad, que es cosa bastante natural hablar mucho de lo que no se tiene y no se tendrá. Con sólo hacer esto la Unión liberal daba un paso de gigante hacia el porvenir.

der, que según dicen, no le disgusta, y yo me alegrara de que lo hubiera ocupado corregida de sus vicios antiguos.

Pero no obró así: fuese por otro camino, á nuestros ojos extraviado; parecióme que andando por él se ponía á infinita distancia del poder, casi le imposibilitaba de ocuparle. En España, sin embargo, acontecen cosas raras: el partido se puso á meditar y á escribir misterios; esos misterios y esas meditaciones podían poner miedo en el corazón más valiente; no lo pusieron en el de la mayoría, que permaneció fiel al duque de Valencia; pero... dice fray Luis de Granada en una de sus meditaciones sublimes, que recomiendo al señor duque de Tetuan, hablando á un pecador: «¿dónde vendrá en que amanezca y no nochece, en que anochece y no amanezca; y vino un día, y el duque de Valencia anochece, y el duque de Tetuan amaneció, y... ahí le tenéis, trepidando una bandera que tiene el raro capricho de decir que es la bandera de la Unión liberal.

Recuerdo en este momento que cuando por vez primera yo diputado, no por mi voluntad, yo méico á palos, me senté en estos escaños, estaba sentado también entonces el conde de Lucena en el mismo lugar que hoy ocupa; recuerdo que me levanté y le hablé de cierta nubes que se descubría en el horizonte; el conde de Lucena sonrió; hoy parece que no sonríe, y hace bien... ¿Sonríe? Pues hace mal... porque no nos hallamos ya, señor duque de Tetuan, en la mañana ó en el medio día de vuestra próspera suerte, cuando brillaba el sol sin nubes en la mitad de los cielos: estamos al caer de la tarde, cuando la luz comienza á luchar con las sombras... y la noche se acerca. Por eso hará bien S. S. en no sonreír: el tiempo es muy triste.

En el poder, ataqué al conde de Lucena, pero sin odio, pongo á S. S. por testigo; caído, hablé de él con respeto, y aun no quisiera yo de perderle ocasiones ni en público ni en privado de defenderle.

Por eso cuando se brindó alguna, no renegué de la anxion de Santo Domingo ni traté de oscurecer las hermosas glorias de África; hice justicia al duque de Tetuan. Hoy se la hará también, pero hoy la he de hacer rigurosísima. Es mi propósito decir toda la verdad: quisiera no dejar á nadie agrado, porque bueno es despedirse en paz de todo el mundo; pero si queda agraviado el duque de Tetuan no es mi la culpa; si yo puedo lastimarle, más ha lastimado su señoría á todos los que en España sienten y piensan como yo.

Es S. S. el gran institutor de la democracia, como decía un orador insignie; es S. S. el gran resellador que en los cinco años, permaneciendo moderado, se ocupó resellando progresistas; y ahora, hecho progresista, trata de resellar moderados; es S. S. ó va á ser S. S. según todas las señas, el gran sepulturero, el que va á hundir en el polvo, sin quererlo y sin saberlo, los restos de la antigua, católica, santa y nobilísima España, de aquella España que recibió con los brazos abiertos á los abuelos de S. S.; de aquella España por quien murieron gloriosamente los hermanos de S. S.

Señor duque de Tetuan, esto se va; ó por mejor decir, esto va echándose S. S. por la ventana. Verdad es que al decir esto se va, los amigos de su señoría sonrien desdenosamente, ¿por qué? por ocultos: tenemos al duque, al gran hombre; más que hombre grande, mago prodigioso; el mar estaba aborrotado y él ha puesto la mano en el timón y se han apaciguado las olas.

¡Pues no faltaba más! Eso no es maravilloso, es natural: el duque de Tetuan y yo estamos en el secreto; S. S. ha puesto la mano en el timón y las olas se han apaciguado; es verdad; pero dejemos pasar algunos meses, y aun cuando el partido moderado no sea para la Unión liberal lo que la Unión liberal ha sido para el partido moderado, es cosa cierta que el ministerio actual ha de verse en iguales, en más graves peligros que el presidido por el duque de Valencia, y tan odiado por la revolución y tan maldecido. Y tengo por tan cierto, que para que vea S. S. cómo la antigua afición no se puede arrancar hasta en su última raíz, para que vea S. S. que de aquella antigua afición mira á S. S. aún queda algo, digo sencillamente á su señoría que casi le tengo lástima. ¡Pobre duque de Tetuan! Imagínate que pasa por delante de mí el ejército de la Unión, no solamente los dignos diputados que aquí se sientan, sino los pro-hombres que en Madrid y en las provincias cantan himnos en loor de su señoría, ejército lucido, pero reunido de gentes de toda raza, lengua y color... ¿Quiénes son esos que fueron lo que yo no fui, que estuvieron donde yo no estuve? ¿Están entonces siempre énticos de libertad? ¿Quiénes son esos, alguno de los cuales escribieron en páginas que vivirán, que debía decapitar al espíritu moderno, y otros, gente bienhechora, devota, hijos de Vicente Paul, que me han dado ejemplos, que yo pecador no imité? Y esos señores, ¿serán capaces ahora de volver la espalda á Pío IX y hacer tres reverencias ante Víctor Manuel?

Y esos otros señores, ¿quiénes son? ¿No son de los moderados á lo Pidal, de los recalcitrantes, de los empedernidos, de los reformistas? Y aquellos otros, ¿no forman la corte brillante, impotente para gobernar, estorbo para todo Gobierno, enemigos temibles, amigos incómodos y molestos? ¿Y aquellos otros no son... ¡Ah, señor duque de Tetuan! ¡Cuántas desgracias domésticas os esperan! Y á todo esto la voz de la revolución murmurando implacable al oído: «adelante duque, cumple tu palabra; adelante.» Y S. S. ha adelantado tanto que ya tiene el abismo á los pies; y el abismo llama; la atracción del abismo es diabólicamente fascinadora, y casi irresistible. ¡Pobre duque de Tetuan! pero sobre todo, ¡pobre patria mía!

Ayer cuando hablaba el Sr. Posada, que me edificó, y hablaba de libertad el ministro de la Gobernación de los cinco años, hoy he aquí al verie aplaudido por liberal. ¡El Sr. Posada habiéndose de libertad! Tentado estuve de interrumpirle y decirle: «Señor Posada, puesto que somos honrados, no engañemos á las gentes sencillas.» Dóbre á S. S. y sonríase si gusta, que yo á mi vez consolaré amarga y profundamente de su increíble sonrisa. Desde que tengo uso de razón amo la verdadera libertad. No he dicho, no he escrito palabra, que no fuese enredada á procurar la verdadera libertad para mi país, así como su dicha y su grandeza. Y sin embargo, hace días que se me desgarró el corazón despidiéndome de la libertad: despidiéndose ella también los que la améis: la pobreclita murió á nuestras manos; el porvenir de España es la anarquía ó la dictadura.

Quisiera yo penetrar por arte maravilloso en el espíritu del duque de Tetuan, nada más que por saber cómo ve las cosas de nuestra patria, las necesidades y los deseos de España. La revolución que le amenaza, el remedio posible á todo mal. Yo sé que el duque de Tetuan es un valerosísimo soldado, y sé (no se ofenda) que en punto á artes que llamamos domésticas, como hombre de partido, es el primer hombre que ha existido en España, y el más insigne revolvidor y agitador de los tiempos modernos. Pero, señor duque de Tetuan, se puede tener mucho de Retz el coadjutor de París, y muy poco de Jimenez de Cisneros el gran ministro de España. Por eso quisiera penetrar en el espíritu del duque de Tetuan, para saber si conoce al menos la óca en que vive. Sospecho que no la conoce, y lo sospecho con más fundamento después que el el sabroso discurso pronunciado ayer por el señor Posada Herrera.

Permitidme, señores diputados, que hablé un poco del Sr. Posada y del discurso del Sr. Posada. Al escucharle ayer embobado, recordaba la pregunta que á sí propio y con asombro se dirige Atala en la gran tragedia que lleva su nombre á vista del hermoso Eliacin: «¿será posible que sea yo capaz de compasión? ¿Será posible, me preguntaba á mí mismo, que sea el Sr. Posada capaz de arrepentimiento? Me edificó, es verdad; pero como el Sr. Posada es pecador antiguo y converso de ayer, aconseja la prudencia que lo pongamos á prueba. Yo quiero bien á S. S.; es persona de ingenio muy claro y además buen persona, lo cual no obsta para que haya sido un ministro funesto y me tema yo que sea ahora un ministro funtestísimo.

Para salvar á un pueblo en las grandes crisis se necesita fe; yo no digo que no tenga fe S. S.; pero lo

que tiene es esperanza. El Sr. Posada pone la mano en la cartera de ministro y dice: yo estoy bien; España no puede estar mal. Por lo demás, he aquí al señor Posada. La enseñanza, confesará S. S., será algún tanto viciosa, podrá irse corrompiendo parte de la juventud; pero ¡es tan difícil poder remediar! Y además está de por medio la libertad de la ciencia. Dejémoslo pues correr: ¿qué hemos de hacerle? La imprenta, confesará S. S., está desenfrenada; pero el remedio no es fácil. Ya se ve, cada ciudadano puede tener imprenta en su casa; dejémoslo correr; ¿qué hemos de hacerle?... Esto es el Sr. Posada. Estos son los ministros que se usan en el mundo cuando peligran los Reyes.

Por lo demás, el Sr. Posada en su discurso de ayer dijo cosas muy escogidas y muy precelescentes, en términos que me parecía oír á mi amigo el elocuente Sr. Nocedal.

Porque decía el Sr. Posada: los partidos son minorías insignificantes si se les compara con el país; el país es otra cosa; el país no toma interés en nuestras cuestiones políticas; ni siquiera lo toma en las cuestiones económicas que aquí agitamos; lo cual equivale á decir que el país no hace caso ninguno de nosotros. Y añadía el Sr. Posada: sin duda nace esto de que el país no está aquí, ó de que no hay aquí bastante país; de que no está bien representado: lo cual equivale tanto como decir que nosotros no lo representamos bien, que nosotros no somos buenos procuradores suyos.

Esto que oía con gusto al Sr. Posada, S. S. y yo lo teníamos oído al Sr. Nocedal: por donde pensaba yo que el Sr. Posada ponía el pie en el buen camino, y se veía derecho á nosotros. Pero á seguida se extravió; cosa lamentable y frecuente en S. S., y nos dió á entender que no conocía la enfermedad de España, y que por tanto no podía atinar con el oportuno remedio; el país, dijo, el país que es infinitamente mayor y más respetable que los partidos, está conforme con los tiempos que corren. Parecióme la frase un poco oscura. Supongo que S. S. quiso decir que el país está conforme con lo que corre en estos tiempos, y como lo que corre en estos tiempos somos nosotros, y el país, según S. S., no nos hace ningún caso, pareceme que si está conforme, será en fuerza de una virtud que se llama resignación cristiana. En lo que está conforme el país, Sr. Posada, es en que se le procure paz; en que se le hagan economías; en que se dispense á todos justicia, y quiere además que se respete la santa religión de sus padres, y no se dé enseñanza perniciosa á sus hijos. Esto es lo que anhela el país: esto es lo que nosotros no le damos. Añadía S. S.: el país está satisfecho y tranquilo; la agitación está sólo en las capas superiores. ¿En cuáles, señor Posada? Su señoría se equivocó: el país no está, no puede estar satisfecho y tranquilo; está grandemente descontento.

En cuanto á la agitación de ciertas capas sociales, yo no contradigo á S. S. sobre todo si se refiere á esta capa que se llama Congreso; pero yo no digo lo que decía hace seis años: hoy afirmo que en las clases inferiores cunde ya una agitación terrible; que en ellas está alistándose un ejército numeroso que dentro de poco tiempo será innumerable. No comprendo como así piensa y habla en tales términos el Sr. Posada, cuando hace ya años que le sorprendió la voz pavorosa de Loja, cuando debía saber que hay veinte y seis en España dispuestas á levantar la suya, que será espantable trueno, principio de la horrible tempestad.

¡Ah! no conoce S. S. por lo visto el estado actual de España; no lo conoce sin duda el duque de Tetuan; y cierto que aunque esto sea una desdicha, puede servir de excusa su ignorancia. No lo digo por ofenderle; más culpable sería así obrar como obra cometiendo el estado del país. Hay cosas por lo demás que no alcanzan á distinguir los ojos vulgares, que distinguen solamente la vista perspicacísima del águila. Meditemos, señores, meditemos un rato: sentiría molestaros; pero me parece conveniente que nos traslademos á la que llaman región serena de la filosofía, que pronto volveremos á descender al terreno práctico de los hechos. Así podremos juzgar con severa imparcialidad á este ministerio que debió hacer lo que no ha hecho, y que ha hecho lo que Dios sólo puede perdonar.

Meditemos, señores, meditemos. Considero al hombre que ama la verdad y el bien, cuando el interés no le ofusca ó la pasión no le arrastra, y observo que coexisten en él dos principios, al parecer contrarios, el amor á lo conocido, el apetito de lo nuevo; elementos de conservación y de progreso.

Considero á la humanidad esparcida en diversas familias sobre la tierra, y noto en el mundo social, lo propio que en el mundo físico, dos leyes constantes, que llamaré ley de desigualdades la una, y la otra de lucha perpetua.

Veo que en la sociedad la mayor parte de los hombres, incomparablemente la mayor parte, son pequeños y débiles, y este hecho sólo, sin otras razones profundas, bastaría á probarme que la sociedad es natural y necesaria, y por consiguiente la autoridad que ampara el derecho de esos pequeños y de esos débiles.

La autoridad como elemento necesario para que la sociedad viva y progrese, viene de arriba; ejérzala quien quiera, Rey ó consules, la autoridad es cosa divina. Lo que varía son las formas de gobierno, cosa accidental; lo esencial es la autoridad. Por ella vive la justicia; por la justicia vive la libertad.

En ningún país del mundo ha habido libertad donde la autoridad no haya sido profundamente respetada.

La justicia entraña la libertad, porque reconoce y ampara los derechos que Dios ha dado á los hombres ó las obligaciones que les ha impuesto. No hay más sino que muchos, incluso los democratas, no saben lo que son derechos naturales.

Cosas vulgares son estas, mas tengo para mí que profundamente meditados, demuestran á las claras la falsedad de la doctrina democrática, la inutilidad de la doctrina liberalista.

Pues, como quiera que la mayor parte de los hombres sean pequeños y débiles, y los pobres incomparablemente en mayor número que los ricos, y los que padecen muchos más que los que gozan, de aquí que en las entrañas de todas las sociedades haya hervido siempre, y á veces se haya levantado formidable esa misteriosa cuestión que se llama la cuestión social.

La cuestión social se resó en el mundo pagano generalmente por el infantilismo y la esclavitud; en el mundo cristiano por la resignación y la caridad.

He de hablar de esto, señores diputados, porque he de decirlos toda la verdad, aunque sea temerosa: la revolución que amenaza en España es profundamente social. La Iglesia católica ha tenido, tiene y tendrá una misión santa y un alto deber, y aquella consiste en guardar intacto el depósito de las grandes verdades, origen de todo progreso, base de toda sociedad, cimiento de oro que enlaza la tierra con el cielo; y el alto deber consiste en haber sido y ser mediana entre los fuertes y los débiles, entre los ricos y los pobres. Y la sola palabra seria; porque su Jefe nació del pueblo, ya delante de los Reyes; sus Obispos andan entre los príncipes, y sus Curas y frailes viven en medio de los mendigos.

Qué hizo la Iglesia por la libertad y por la civilización en España, no es sazón oportuna de manifestarlo; pero si me cumple apuntar al menos que no hubo enfermedad para la que no hallara medicina, ni dolor al que no buscara consuelo; que levantó palcos para los indigentes enfermos, y asilos para los que ahora llamais veteranos del trabajo; tuvo en cada parroquia hospital para el peregrino; nombró en cada parroquia un padre para los pobres. Mucho se dió á la Iglesia, y ella dió mucho: creó propietarios, inspiró artistas, estuvo mezclada en todas nuestras glorias, nos alzó en nuestros reveses, santificó nuestras alegrías, consoló nuestros dolores.

La Iglesia, sobre todo, pensó bien en esto, dió gratuitamente la ciencia al mundo.

Pensó bien en esto, señores: la Iglesia tiene para los pobres universidad gratuita, libros de balde, sopa,

hoy despreciada, hospital especial para curarles en sus dolencias. De aquí nacia que hasta los hijos de los mendigos tenían el camino franco para subir por él y colocarse en todas las clases de la sociedad hasta la más encumbrada; y eran médicos, y abogados, y consejeros y ministros; y desde estas clases más superiores ó elevadas favorecían á los suyos, de los cuales eran como representantes y procuradores.

Yo no voy á discutir ahora sobre excelencias ó defectos de tiempos pasados; siempre el mundo fué un valle de lágrimas; es mi propósito meramente asentar un hecho, y vosotros, si sois filósofos, meditati; y consiste ese hecho en que la antigua organización de España era muy favorable para los pequeños y para los pobres.

Esta antigua organización social había menester reformas, consentía mejoras, y nosotros no reformamos ni mejoramos; nosotros destruimos, y destruimos y no edificamos se hizo, y permanece en esta sociedad, un inmenso vacío, y este vacío ni le hemos llenado ni lo hemos intentado siquiera.

La raquítica revolución española no se hizo, bien lo sabeis, en favor de la muchedumbre; mas para hacerla, buscamos como auxilios al principio racionalista, y este mal principio cundió y se derramó, y enlanguesció algún tanto el principio católico, y ha acontecido lo que era natural que aconteciera, y es que así como en Francia el estado llano se levantó y dijo: «aquí levanto; así en España las muchedumbres principian á levantarse; y se levantarán y se pondrán delante de vosotros, que sois tan liberales que hasta vendeis la ciencia, y os dirán: aquí estamos.

Ya no tenemos frailes, pero tenemos democratas y tendremos socialistas.

Ya no tenemos frailes, que hijos del pueblo, y á veces del infimo pueblo, pero ministros de Dios, tronan contra los ricos apegados á su riqueza; pero tronan también contra los pobres que codiciaban los bienes ajenos.

Ellos eran los santos tribunales del pueblo; este comienza ya á tener otros tribunales.

Estos señores, hombres sin duda de buena fe, y muchos de espíritu generoso, bien que tristemente extraviado, han inventado una doctrina halagüeña: tomaron del Evangelio la libertad y la igualdad sin entenderlas; pero se dejaron la humildad. Religión nueva con un Dios no conocido.

Esos señores no saben dónde van: ¿y quién sabe dónde una vez desparada se detiene la revolución?

Esos señores encarecen de buena fe en sus discursos y en sus libros el respeto á la propiedad; ¿pero qué saben ellos? El día en que ciertas doctrinas penetran en las cabezas de los pobres, el día en que los pobres ilustrados dejan de ver su herencia más allá del sepulcro, el día en que un filisofismo imple los robe ó debilita de ellos su divina esperanza de una herencia en el cielo, las muchedumbres, ciegas y desbordadas procurarán pasarlo bien en la tierra.

No es el fin de la revolución la mayor libertad ó licencia de la prensa; y no lo es la mayor extensión del sufragio; esos son los medios, el fin es otro; ese es el camino por donde las muchedumbres lleguen á la cumbre del poder donde se proclamen soberanas; y ya comprendierdes que un Soberano ha de procurar arreglar las cosas de un modo equitativo para llevar dignamente su realceza.

Creíame, señores ministros, la gran revolución que amenaza á España y al mundo, es una revolución profundamente social.

Ahora bien: en circunstancias angustiosas se os llama á gobernar; el país en su mayor parte es religioso y monárquico, ama la paz, la moralidad, la justicia, y porque ama la justicia, ama la libertad: los partidos, carcoma y agitación del país, están disueltos. ¿Qué es lo que debió haber hecho un hombre de corazón alejado, como lo es el duque de Tetuan! En vez de ser el turbulento Retz, ser grande Cisneros. Buscar su fuerza en el pueblo, es verdad, Sr. Posada; y para ello hablar al pueblo español la lengua que entiende, y darle ejemplos de toda virtud, y aliviar tributos ó al menos no agravarlos, y favorecer el principio católico, único verdadero antidoto contra la gangrena racionalista, y acometer reformas para reconstituir la autoridad, sin la cual no hay libertad posible, y á seguida y coloradamente trabajar en favor del pueblo, de los pequeños, de los pobres.

Gobernar no es resistir; pero gobernar tampoco es corromper; gobernar es mantener el orden en la sociedad por medio de leyes sabias y justas, y son justas y sabias, si defienden y consagran los derechos que Dios ha dado á los hombres, y atienden á las necesidades presentes de los pueblos, y prevén hasta las necesidades futuras para ir preparando en su día el oportuno remedio.

Esto es gobernar, y esto es lo que no se ha hecho todavía en nuestro país. Pues qué, ¿no hay nada que hacer? ¡Si está casi todo por hacer! ¡Cuántas cuestiones podrían resolverse con justicia y en favor de los pequeños y de los pobres! Hay mucho que hacer, mucho que mejorar en las leyes ó cuestiones sobre quintas, consumos, trabajo, economías, bancos agrícolas, y sobre todo enseñanza. Nosotros no tenemos la luz, antes la amamos: nosotros queremos llevar la enseñanza á las clases más ínfimas de la sociedad; pero la enseñanza según la ley de Dios: nosotros queremos, y esto no es imposible, es fácil, y no muy costoso; nosotros queremos sobre todo hacer posible, como en los antiguos tiempos, que los pobres puedan por caminos legítimos ir subiendo, ir colocándose en esas que el Sr. Posada llamaba capas superiores de la sociedad.

¡Cuántas veces no os he pedido yo esto, y el escrutante! Y lo he dicho, y lo he reclamado, porque justo es que sea el derecho natural! Pues si Dios ha dado á un joven luz y entendimiento, ¿para qué se le ha dado sino para que contribuya á alamburar al mundo? ¡Que tengan los pobres como tuvieron en tiempo de nuestros padres franco el camino para subir por las ciencias, y por las artes, y por la virtud hasta las más altas dignidades, y tendreis vosotros Florida blancas ilustrando en el Consejo, y no Moninos agitando en las plazas.

Esto debiera hacer en la ocasión crítica en que España se encuentra un gran Gobierno; pero al duque de Tetuan no se le ha ocurrido intentar ninguna de estas cosas.

¿Qué es lo que ha hecho el duque de Tetuan? ¿Se puede decir sin agravio?

Pues el duque de Tetuan ha presentado, ha rendido las armas ante la revolución. ¿Se puede decir sin agravio? Pues el señor duque de Tetuan, sin quererlo y sin saberlo, ha inclinado delante de la revolución la altivez de su frente, y lo que es mil veces más lamentable, la majestad del Trono de Castilla. Si, señores, porque la revolución no rogaba, sino que amenazaba, y en términos que ya se oía el temeroso crujir de las armas. Gobernar no será resistir; pero en ningún tiempo ni en ningún país gobernar ha sido ceder ante la fuerza que amenaza.

Immensa falta ha cometido el Gobierno, y sobre todo, pecado estéril. Ya comienza á recoger el fruto; mucho le ha dado la revolución, y la revolución en cambio le ha dicho desdenosamente: ¡no basta!

Verdad es que el señor duque de Tetuan, si por una parte la aduló, por otra la agravó. S. S. es hombre de gran valer, más por extremo original. ¿Sabeis lo que ha hecho el buen conde de Lucena? Deslizóse bonitamente en el alcazar progresista, tomó la bandera, se la llevó; pero dejó á los progresistas en sus tiendas. ¿Sabeis lo que ha hecho? Levantóse un día, se encarró con los progresistas, y dijo: mis buenos señores, vosotros tenéis razón, pero yo mandaré.

El señor duque de Tetuan quiere traer al poder las ideas progresistas, pero quiere tener lejos del poder á los hombres progresistas: esto francamente es; si se consiente la vulgaridad de la frase, una broma muy pesada. Vosotros, prestamistas de ideas ajenas, ¿por qué no llamais á los propietarios de ellas? ¿Tan poco teméis vosotros á los progresistas? ¿Tan poco creéis que valgan Prim, el héroe de los Castillejos, Olózaga, el gran orador, que no palieran plantear tan bien como vosotros la ley electoral, y reconocer á son de trompeta el reino de Italia y devolver el profesor á la cátedra con toda pompa y majestad?

Pues yo sospecho que Olózaga y Prim deberían hacerlos algo mejor que vosotros, y comprendo per-

fectamente que á vista de vuestro proceder extrañísimo, os diga la revolución: ¡no basta!

No basta: ¿pues qué más quiere? Vais á oírlo, que no es gran cosa. Oid á un órgano muy respetable del partido progresista, por medio del cual respetable que hablan sus hombres más eminentes. «Sabiendo cuál es imposible, que tal vez nos han dado á conocer más que ningún otro partido los unionistas (¿ois?) Dica que los unionistas han dado á conocer lo que llaman imposible en sus quejas, en sus actos, en su historia, en muchas de sus revelaciones, como la de los obstáculos tradicionales, las hojas volantes y los discursos anti-filísticos en el Ateneo, y (no tenía yo noticia de estos discursos) cheamos escrito al frente de nuestra bandera, como primer dogma, la desaparición de ese imposible.»

Es una modesta petición, y lo veis: ¡Sr. Nocedal, esos buenos señores van á pedir la luna! Pero á mí lo que me gratamente me sorprende y me encanta es la franqueza amable con que piden, no murmurando á los oídos del presidente del Consejo, sino en alta y sonora voz para que lo oiga toda España, y lo oiga la Reina de España. Esto, ¿cómo se explica? Yo no lo sé; dicen que el fiscal ha llamado; yo nada sé; sólo me ocurre que días antes, al siguiente de subir al poder el duque de Tetuan, decía el mismo periódico: «El general O'Donnell ha sido llamado ya por la Reina para formar ministerio; le ha formado ya; los que nos buscaban hace un mes, hace unos días, ayer mismo, los que combatían todo lo que nosotros, los que pedían que cayera lo que nosotros deseamos que caiga; los que no hallaban límite ni obstáculo en su camino, han doblado ya la rodilla y han jurado lo mismo que estaban dispuestos á derribar.»

Señores diputados, ¿sabeis oído?

Si yo creyera que todo eso es verdad, podría incurrir en temerario pensamiento ofendiendo á los unionistas; si yo creyera que todo eso es calumnia, podría incurrir en temerario pensamiento ofendiendo á los progresistas; yo nada sé, nada digo; he leído sólo lo que acabais de oír, y añado que según noticias, eso ha visto la 1.ª y el fiscal ha llamado... Pero sigamos historiendo los hechos del ministerio.

Yo presindiré de lo que los órganos del ministerio, ó las trompetas del ejército unionista han dado en catar en diversos tonos acerca de la necesidad de acabar con no sé qué influencia: teocrática; de la necesidad de alzar yo no sé qué religioso ó á cual religiosa; prescindiendo de esto; siento que se hablé así, porque me parece que no es de buen gusto. Si alguno en los tiempos actuales, despojado la Iglesia, insultada y escarnecida, habla de influencias teocráticas, miradle bien á la cara y creedme, no goza de completa salud: ese hombre, si viniera el día del diluvio, hubiera sido capaz de gritar: «¡fuego!» Ahora, respecto del Sacerdote y de la monja, á quienes ni de vista tengo el gusto y la honra de conocerlos, he oído que no tratan de cosas del mundo, que no se mezclan ni en poco ni en mucho en las políticas; pero si se mezclan, voy á descubrirlos un secreto: los amigos, los protegidos suyos son los ministros que se sientan en ese banco, y tengo la prueba; que yo no hablo sin pruebas.

En España no ha habido ministerio que haya durado doce meses: luego ó esas personas no influyen, ó su influjo no monta un ardimiento: me equivoco; en España ha habido un ministerio que vivió cinco años: ¡fuego! sacad la consecuencia. Lo que hay es que es imposible... ¡flaqueza, flaqueza de los que quieren aparecer espíritus fuertes, olvidando lo que dice La Bruyère, si sabrán los espíritus fuertes que yo los llamo fuertes por burlarme de ellos! Lo que hay es que os pareceis hoy, que os habeis barnizado de un tan brillante liberalismo, por borrar de la memoria de los hombres algunos ligeros incidentes de esta larga historia: por ejemplo, aquel entrañable amor que tuvisteis á la ley de Nocedal, que no quisisteis separaros de ella en los cinco años, y á fe que la interpretasteis bien; aquella guerra de libros, en lo cual no me parece que luciais mal, porque eran género de contrabando, y lo que es contrabando se quema, lo mismo en España que en todos los países civilizados del mundo; y sobre todo aquella devoción insigne con que el señor duque de Tetuan en solemne procesión acompañaba á un Santo, lo cual honraba á S. S. ¡Oh si le honraba! S. S. no imaginara ser más que Colon y más que Hernán Cortés, los dos gigantes de los tiempos modernos, y aquellos dos gigantes hubieran hecho lo mismo que S. S. Además bien se puede acompañar á un Santo, y los que lo han sido en España, José de Calasanz, Domingo de Guzmán, Ignacio de Loyola, Pedro Nolasco, Vicente Ferrer y Juan de Dios, aun prescindiendo de su santidad, como hombres, como españoles, como patriotas, valían tanto cada uno de ellos ó valían más que los dignos generales de nuestro ejército y todos los famosos oradores del Parlamento español.

Prescindamos, pues, de estas flaquezas, y digamos dos palabras sobre la ley electoral.

Hubiera yo querido, aunque propusierais un desacuerdo, hubiera yo querido que nos diérais una obra original: pero eso que traéis es copia, son añadiduras ó remiendos de cosa conocida, usada, gastada y desacreditada. No hace mucho que elegían las provincias, y teníamos el gusto de ver Congresos unánimes, y el de aprender que esta nación tan formal y sesuda cambiaba de opinión á cada cambio de ministerio. Se gritó por todas partes: corrupción, falsificación; fué necesario poner remedio al mal, y se pensó en la elección por distritos, y se soñó que se había encontrado la verdad. No se encontró; fué un sueño.

Ahora el Sr. Posada sueña á su vez, y retrogradando y desenterrando una cosa desechada, cree haberle encontrado. Y lo cree de buena fe; pero como es pecador antiguo y converso de ayer, sospecho que no

no que no contribuya? ¿No haceis contribuir á todos con el impuesto de consumos? ¿No les haceis contribuir y honrar y laborar y servir, sirviendo á la patria? Pues qué, un hombre que ha servido ocho años á su patria, ¿no vale los 200 rs. que paga otro hombre poseedor... de una canasta de naranjas, según me apuntó uno de mis compañeros? A mí me ha ocurrido poseer de dos a tres, con porción de los señores; á este tal le dais 100, al que no los tenéis, no; luego son dos años los que facilitan á aquel ciudadano la particella de soberanía necesaria para intervenir en la gobernación del país.

No, no podréis resistir á la democracia: os cogerá por la mano y os arrastrará hasta el sufragio universal.

Yo no admito el sufragio universal, porque es una doctrina que se hace servir de un principio falso, de la igualdad de todos los hombres en punto á intervenir en la gobernación del país; Dios no ha querido esta igualdad: esa igualdad entraña la desigualdad más monstruosa; para gobernar, ó influir en la gobernación de un Estado hacen muy pocos; para ser gobernados hacen casi todos.

Ahora habéis quizá, no diré atenido con el remedio, porque la enfermedad es gravísima, pero hecho alguna cosa más original ó más digna de estudio, si habéis fijado los ojos y la consideración en la sociedad española, estudiado las fuerzas, los elementos, los intereses morales, intelectuales y materiales, por cuya virtud la sociedad es, y vive, y florece, y sin los cuales no habría sociedad: la Iglesia, la magistratura, el profesorado, la propiedad, el comercio, la industria, las artes, los oficios; todas estas fuerzas, intereses y elementos tienen sus legítimos representantes, no por el dinero, sino por la ciencia y por la honradez. Allí podréis buscar el origen de la elección; de allí podréis traer, en cuanto la humana imperfección lo consiente, la verdadera representación de España. Con esto y con decir á ningún empleado que no sea diputado, ningún diputado que no sea empleado, ¿verdad como el país de que hablaba el señor Posada no hacia lo que ha hecho hasta ahora, que es no hacerlos caso; que es algo más, que es quejarse amargamente de nosotros; porque vería todas sus fuerzas, todos sus derechos, todos sus intereses representados aquí, y alejados de aquí, en cuanto es posible, nuestras miserias contiendas y nuestras ruines ambiciones.

Pasemos ahora, señores ministros, á dos gravísimas cuestiones, que si todos vuestros pecados se redujeran á los contados hasta aquí, pecadores érais y bastante misericordioso, pero se os podría perdonar. Mas hay otros dos que llamaré pecados mortales, y tales que por lo menos á los que piensan y sienten como yo, y son muchos en España aunque no los deis, nos traen á inmensa distancia de vosotros. Estas cuestiones son la de enseñanza y la de Italia; grandes cuestiones que si se resuelven de cierto modo, como es de temer entregando España á la revolución, y á la faz de todo el mundo colocan á España en el centro de la revolución europea, es decir, revolución dentro de casa, y revolución fuera de casa.

Un día, lo recuerdo bien, estaba S. S. sentado ahí; estaba sentado donde ahora se sienta el Sr. Posada Herrera, el marqués de la Vega de Armijo, ministro entonces de Fomento, y yo decía á este: S. S. con sus niños es más fuerte que el general O'Donnell con sus soldados; el que tiene la juventud es dueño del porvenir. Esta cuestión de la enseñanza se ha personificado, digámoslo así, en un hombre. De este hombre he hablado en algunas ocasiones, sin ofensa, y he dicho siempre de él que me estaba ligado con vínculos de sangre y de antigua y probada amistad; que yo, y sólo yo, le quería mucho, pero quería infinitamente más el Trono de mis Reyes y los altares de mi patria.

Este hombre se puso al frente de una publicación que lleva el título de *La Democracia*. ¿La habéis leído? Pues conocéis al hombre; después de Rivero, el gran democrata, es el que ha prestado mayores servicios á la causa revolucionaria. El que se ha levantado y ha dicho: yo soy la revolución, y empujé, lo sabéis todos, una batalla de poder á poder con el ministerio del duque de Valencia. Fue separado, y separado, como era natural, extremo sus fuerzas y encerrado en la batalla, y la hizo más descomunal aún y gigantesca contra todo lo existente. Todo esto lo sabéis; ese hombre es por lo demás ingenio brillante, espíritu generoso, pero entiendo yo que me miseramente extraviado. El entró en la vida; vosotros, ministros de una nación católica y monárquica, debéis saber que se precipita al mal. Sea como quiera, el empujé esa lucha descomunal contra todo lo existente; unidad católica, Trono, Persona augusta que se sienta en el Trono. Y vosotros en sustancia, en realidad, á los ojos del mundo, ¿qué habéis hecho? Lo habéis dicho, ¿verdad? volvéis á la Universidad, y se sentará contiguo en la cátedra la revolución coronada. Esa es la verdad. No sabéis bien lo que habéis hecho; pero yo digo, y no os pasmeis, que jamás acto de más intolerable tiranía se ha ejecutado en el mundo. Yo os lo probaré.

Permitid que cuando me habéis de la ley, hombres que á pretexto de la pública salud tantas veces la habéis hollado, yo me sonría tristemente, porque no habéis tenido la fortuna de saber leerla; ó me sonreí tristemente cuando me digais que uno es el periodista y otro el católico; no que el católico y el periodista son uno sólo, y ese hombre como honrado y que me miente, enseñará á sus discípulos por ejemplo, lo que fué el protestantismo, lo que fué la revolución francesa, y lo enseñará según su leal saber y entender, y eso me basta y me sobra.

Os dije que habéis cometido un acto de intolerable tiranía sin saber sin duda y sin quererlo. Yo lo comprendo todo, hasta la libertad de enseñanza, que no debe admitirse sin embargo en un país exclusivamente católico; pero yo no comprendo que hagais propiedad de la democracia á mis hijos. Vosotros decís á los padres españoles católicos y monárquicos: ó renunciais á toda esperanza para vuestros hijos, ó habéis de enviar á esos hijos vuestros á que aprendan la historia de España y de la humanidad de los libros de la misma democracia.

Eso no podéis hacerlo. Yo no lo quiero, los españoles católicos y monárquicos no lo queremos. Proclamad la libertad de la enseñanza, así á tanto os atreveis; pero declarad á nuestros hijos una especie de propiedad de la revolución, eso de ningún modo; no debemos consentirlo.

Sabéis lo que son los niños, lo que son los jóvenes? Son tibia, apocada, para recibir la pintura: lo que allí se pinta, allí queda, y es difícil si no imposible, borrarlo; el alma del profesor, y más si es bondadoso y elocuente, se traspara á sus discípulos y hace ó transforma aquellas almas tiernas á su imagen y semejanza.

Si el profesor es racionalista y democrata, nosotros no podemos entregarle nuestros hijos: en un país católico y monárquico; en un país en que el Gobierno da la enseñanza, nosotros damos nuestro dinero para que se enseñe á nuestros hijos la ciencia, mas no para que se les convierta en democratas ó en racionalistas.

Juliano el Apóstata, cuando deliraba, no inventó tiranía mayor: pero Juliano el Apóstata iba derecho á su fin: trataba de destruir el Dios de los cristianos y de rescatar las miserias divindades del paganismo. Pero vosotros, señores ministros de España, católicos y monárquicos, no podéis destruir, no queréis que con el sudor del pueblo español monárquico y católico, se eduque una juventud indiferente por lo menos al culto de nuestros padres, y enemiga del Trono de nuestros Reyes.

Cosa igual á la que ha pasado en España no ha pasado en ningún país del mundo. Concebís que pasara como en la libre Inglaterra. ¡Ah! el siglo futuro, no os ofendáis, nos llamarán estúpidos, tres veces estúpidos, mil veces estúpidos.

Cuestión de Italia. Amigos míos y elocuentísimos tratarán á fondo esta cuestión: yo diré sobre ella breves y ceñidas palabras; algunas sobre el reino de Nápoles, algunas sobre los Estados Pontificios.

No recordaré la historia de los últimos tiempos, ni las farsas indignas que se han representado en medio de esta cultura y civilizada Europa.

No recuerdo á punto fijo todo lo que pasó en Nápoles. Sentábase en aquel Trono un Rey joven, de poca experiencia, amigo del pueblo, dócil á los consejos del imperador de los franceses. El Rey del Piamonte le protestaba sin duda grande afecto, como que era su sangre de su sangre, su hermano.

El Rey del Piamonte le protestaba afectuamente las manos, cuando él se sentó en el Trono. Vendido y traicionado, encontró sin embargo en los soldados que eran pueblo, lo que le faltó en algunos generales y ministros; porque allí había por desgracia hombres de los que no pueden nacer en esta infeliz tierra de España. Francisco de Nápoles, y hubiera vencido si los galos cisalpinos, sin declaración de guerra, no invadieran su reino. Lo invadieron y encerraron al Rey dentro de las murallas de Nápoles. Ofrecióse al mundo un espectáculo sublime y horrible á la vez. Era horrible ver á un Rey bombardeado por las tropas de otro Rey su amigo y hermano: era sublime contemplar á ese Rey y á su joven esposa sobre las murallas humeantes de Gaeta intrépidos y serenos.

A principios de este siglo, señores diputados, cuando un Borbon, el último Condé, cayó asesinado en el foso de Vincennes, Gustavo de Suecia devolvió el Toison de oro, porque no podía ser hermano de armas del primer cónsul de la república francesa: ese primer cónsul se llamaba Napoleón Bonaparte. Pero ahora, cuando cayó Francisco II de Nápoles, no hemos visto que devolviese su Toison de oro al príncipe de Europa. Hoy se dice: la nación española, la Reina de España, reconocerán á Victor Manuel, no ya como Rey del Piamonte y aun de Lombardía, sino como Rey de Nápoles y Sicilia? ¿Quejados que ni pueden ni deben. En primer lugar, porque antes de ellos, se fueron cortando de la Majestad cada uno de los adoradores serviles de la iniquidad triunfante: en segundo lugar, porque si reconocéis el hecho brutal á pasar del derecho, si mañana os aconteciese cosa igual ó semejante, ni siquiera tendríais razón ni disculpa vuestra queja: en tercer lugar, el Emperador de los franceses podrá reconocer á Victor Manuel, que al fin los Bonapartes no amaron en demasía á los Borbones; pero un Borbon, el jefe de la familia, el último Borbon que reina en Europa, doña Isabel II, Reina de España, no puede dar el golpe de gracia á Francisco de Nápoles. Si cupiera en lo posible que se lo diese, yo pediría á Dios que Francisco de Nápoles, al sentirse mortalmente herido, no exclamara como uno de los revolucionarios franceses: «Robespierre me mata: yo arrastro á Robespierre».

Yo sé que si vosotros aconsejais ese reconocimiento, lo haréis legalmente, pero ciegamente. Yo puedo creer que muchos de vuestros extraños darán también de buena fe este consejo; más yo recuerdo ahora que en un periódico que vió la luz en Francia, donde la prensa no tiene tantas libertades como nuestra prensa, se escribió que la hora de los Borbones había sonado; yo sé que en periódicos que se publican en Florencia se lee que es preciso acabar, y pronto, con la dinastía de los Borbones; y yo me temo mucho que alguno esté esperando que se haga ese infame reconocimiento para decir en alta voz aquellas palabras dolorosas de Shakespeare: «Adios, mujer de York, Reina de los tristes destinos».

Pasemos á Roma. ¿Qué le habéis dicho, también sin declaración de guerra, cayó sobre los Estados Pontificios: dicen que asesinó á los héroes defensores del Papa: lo cierto es que usurpó las principales provincias y más florecientes de sus Estados.

Todo esto sin previa declaración de guerra. Algunos pensarán que Attila obró del mismo modo: les suplico que no deshonren al Rey bárbaro. Attila cayó sobre los pueblos de Europa á fuego y hierro; pero antes había declarado la guerra á todo el mundo.

Lo que hicieron los piamonteses, y no ofendí á su Rey que es constitucional, yo no tengo la culpa; que se llame usurpación y además sacrilegio: Victor Manuel, aunque Rey constitucional, fue excomulgado.

Ahora se dice á la Reina y á la nación por excelencia católica, que reconocen á Victor Manuel, no como Rey del Piamonte y aún de la Lombardía, sino como Rey de la Umbria y de las Legaciones; y yo digo que no debemos, que no podemos reconocerlo, que no lo consienten ni la gratitud, ni la humildad, y en una palabra, el ser como somos católicos.

Señores: nada ve el que no ve que están en Europa formándose, están casi formados dos campos inmensos; en el uno, bajo los pendones del racionalismo se agrupan y se agitan todos los errores contemporáneos: en el otro están todos los católicos á la augusta sombra del libro de Constantino. No se me esconde que hay muchas personas candidas, cuya extrema inocencia las excusa casi de pecado: mas fuera de estos, lo cierto es que todos los racionalistas y los descreídos de Europa están en un campo y piden á voces el reconocimiento; y que todos los católicos de Europa están en el otro campo y claman á voces contra el reconocimiento. Esta es la verdad.

Ahora ved vosotros si podéis, á la faz del mundo, llevar, por decirlo así, y colocar á España en el campo racionalista, en el campo opuesto al campo católico. No podemos, no debemos; donde está el Papa allí está la Iglesia; donde está la Iglesia allí estamos nosotros: si, nosotros estamos donde está la Iglesia: allí debemos estar... y si es esta la última vez que tengo la honra de hablar entre vosotros, sea también esta el último testimonio que de en el Congreso español de mi amor, de mi respeto filial á la Iglesia, en cuya fe vivieron y murieron mis padres.

La Iglesia ha hecho esta Europa, y por eso la primera sobre todas las partes del mundo, y se levanta sobre todas como el cielo sobre la tierra: la Iglesia ha hecho esta España, y por eso España es el pueblo que más grandes cosas y maravillas ha obrado debajo del cielo.

La Iglesia conquistó el mundo derramando solamente su sangre; envió sus soldados á la Tebaida para protestar contra las infamias de la Roma antigua; envió sus monjes á la cumbre de las montañas para salvar de la inundación de los bárbaros cuanto se sabía en el mundo antiguo y transmitirlo al mundo nuevo; creó las órdenes militares y tornó á salvar la Europa en las llanuras de Africa, y después en las aguas de Lepanto. La Iglesia fue la que al mismo tiempo levantaba el templo delante del castillo feudal, para que naciera su sombra y floreciera el municipio. La Iglesia fue quien hizo posibles las asociaciones que resisten á la tiranía, dando á cada una de ellas un Santo; ella la que animó á nuestros padres en Covadonga; la que acompañó á nuestros padres en Granada; la que conquistó con nuestros padres un Mundo Nuevo; la que alentó á nuestros padres, en fin, y les dio valor bastante para que se levantaran y combatesen y derribasen á Napoleón el Grande, en medio de su comitiva de Reyes. Donde está la Iglesia, pues, allí estamos nosotros.

La Iglesia está ahora despojada, insultada; vejada; el Sumo Pontífice, ese hombre de Dios que se llama Pio IX, se encuentra casi solo, pero sin miedo, enfrente de los poderosos de la tierra, con la Cruz en la mano y los ojos en el cielo. ¿Le dejaremos porque es débil, porque está casi solo? ¿Dónde aprenderían tales villanías los nacidos en esta tierra de España? Pero, señores, digámoslo de una vez: nosotros no podemos hacer eso, porque somos católicos. Hombres hay que por desgracia no creen; yo tengo entre ellos amigos íntimos, amigos del alma, y yo les he dicho: ¡cuán desgraciados sois porque dudais por lo menos, y la duda es gran flaqueza y gran desdicha del alma, porque es horrenda cosa llegar dudando á la muerte, y sentirse arrastrar dudando á su insondable, tenebroso abismo...

Pero al fin los que tienen la desgracia de no creer, no maravillo que vayan á formar en el campo opuesto á la Iglesia católica; pero hablen en razón; ¿cómo podemos hacerlo nosotros, que aunque hombres frágiles y llenos de defectos amamos y creemos lo que amaron y creyeron nuestros padres? Somos católicos; pues si lo somos en verdad, nuestro Rey espiritual es el Papa; tan Rey nuestro como lo es en el orden temporal la Reina de España. Hijos somos y ademas sub-

ditos del Papa. El territorio que posee y debe poseer, porque no puede depender de nadie el que es Rey de 200 millones de católicos escarpados en la sobrehaza de la tierra, ese territorio y Roma su cabeza es también nuestra patria y nuestra corte.

Señores: se me ocurre en este momento una idea, y quisiera anunciarla y temo. Como expresaría mal, lo mejor es no decirlo, y no por miseria vanidad, sino por la grandeza del asunto que debe ser altamente tratado. Pero imaginad que vivimos en tiempos en que aun hay señores feudales; que es señor de un castillo y de tierras anejas el duque de Tetuan; que un vecino poderoso con más artes, imitando á feales servidores suyos se apodera de parte de sus tierras; que ese vecino poderoso tiene interés en que vosotros los amigos del duque de Tetuan, los que seguis su bandera, reconozcáis como legítimo su hecho brutal, ó al menos que abandonéis al despojado para que éste, viéndose completamente sólo, lo reconozca. Estoy hablando ahora con los hombres de Unión liberal: ¿qué haríais en ese caso? ¿Pujante ó débil, abandonaríais á vuestro amigo, protector y jefe? ¡Ah! Cuanto más débil, menos pensaríais en abandonar a para que no os lamase el mundo desleales, ingratos y ruines; en todos vuestros corazones sólo habría un sentimiento; en todos vuestros labios sonarían sólo estas palabras: nosotros no reconocemos hasta que el duque de Tetuan reconozca. ¿Pues lo que vosotros haríais por el duque de Tetuan, ¿creéis por ventura que ni vosotros ni nosotros podríamos dejar de hacerlo por nuestro inmortal y santo Pio IX, por el que es para unos y para otros el augusto representante de nuestro Dios sobre la tierra? ¿He cuando así el súbdito habla á su señor su Rey y el hijo que su padre?

¡Ah! señores! lo que estreñezco al pensar que podáis servir á instrumentos miserables de un plan infame. La revolución masana parece contentarse hoy con que el Papa reconozca á Victor Manuel por Rey de las provincias sacrilegamente usurpadas; sin perjuicio de que la revolución fiera se presente á la primera ocasión á exigir del Papa ó arrancarle las llaves de Roma, la ciudad eterna. Mas por hoy á la vista del mundo se trata sólo del reconocimiento de lo usurpado, y hay vivísimo interés en que España reconozca, en que Austria reconozca, en que todos los pueblos reconozcan, ¿sabéis por qué? Porque en el momento que el Papa quede sólo se le obligará acerbamente á reconocer, y al repetir Pio IX el sublime *non possumus*, los que hasta hoy le han tratado de obediencia y terco, le vestirán entonces el manto de púrpura y le pondrán la corona en la mano y le mostrarán al mundo diciendo: *Eccce Homo*, ¡ah! tenéis un Papa que ha perdido la razón: un Papa que está loco no es Papa.

¡Ah! señores! lo que contribuyan á este plan no serán benditos. Pensad, señores ministros, en quienes son los que solicitan el reconocimiento, en quienes los que se oponen al reconocimiento, en quienes, si es que lo hicieran, se gozarían, y en quienes gemirían.

Todos los descreídos del mundo batirán sus palmas, todos los católicos del mundo vestirán luto. Se alegraría Inglaterra, la enemiga de Roma; pero no Irlanda, el señor duque de Tetuan; Irlanda, no. Vuestro Irlanda, la Irlanda de vuestros padres, la que sufrió, bien lo sabéis, hambre y hambre, la que consistió ser sacrificada por no separarse de Roma y de su Pontífice Santo. ¡Ah! ¿Por qué vinieron vuestros padres á España, si habíais de ser vos los destinados á dar á España é Irlanda, que son hermanas, un inmenso dolor, y un día de débil insolencia á Inglaterra, verdugo de Irlanda? ¡Ah! ¿Por qué vinieron vuestros padres?

Se también, ó presumo que se alegraría el Emperador de los franceses: reconozco que es un varón eminente y muy poderoso, á cuyo mover de su frente se levantan 500,000 soldados. Conosco que algunos tendrán interés en complacerle; que algunos tendrán miedo (yo vos, señor duque) de disgustarle. Pues bien: que le den gusto; dadle gusto, señores, por la memoria al menos de Napoleón I á quien conocieron nuestros padres. Las víctimas y los héroes del Dos de Mayo aplaudirán.

Pero, ¿oid bien lo que voy á deciros, y guardadlo fielmente en la memoria. Si está decretado por Dios que descienda el Papa de su Trono de Rey, arrastrará al descender á todas las Monarquías de Europa: aquel Trono volverá á levantarse; las Monarquías europeas habrán pasado.

Oid bien lo que voy á decir, y guardadlo fielmente en la memoria: reconozco que es mal llamado reino de Italia, servil á planes cuya profundidad y alcance no concibo. Pues bien: aunque españoles activos, os veis obligados á servir al Emperador de los franceses: el Emperador de los franceses sin tomar el título será de hecho el Rey del Occidente... Llegado á este punto, lo pongo á mi discurso, y queriendo Dios, á todos mis discursos políticos. En este supremo instante vuelvo los ojos á lo que pasó y recuerdo el día en que entré por esas puertas, y me arrojé á los pies del presidente y juré y me senté en aquel banco. Me da testimonio la conciencia de haber sido fiel al juramento: en cuanto las flacas fuerzas mías lo han consentido procuré cumplir mis deberes; casi solo á veces, con pocos, pero buenos amigos, el más respetado entre ellos, aquel cuya grandeza de carácter todos admiráis, el que en silencio elocuente hace seis años está mirando pasar por delante de sí hombres y cosas que le dicen al pasar: «Sr. Bertran de Lis, leamos razón», y el más brillante, aquel y el más amable, que va delante de todos nosotros, «porque Dios, más que á nosotros, le dió superior elocuencia; con pocos amigos pues, pero buenos y fuertes, he procurado cumplir mi deber. He pedido paz, economía, justicia, procurado la concordia, peleado por la verdadera libertad, solicitado alivio para los pobres, anidado grandeza para mi patria; y sin embargo, yo he sido retrógrado, oscurantista y neo, y hasta un periódico de los que no honran la preta española encontró el medio de llamarnos á mis amigos y á mí hipócritas y malvados. Esto no me ofendió, pero no dejó de hacerme daño; pero lo que me hace daño singularmente, señores y amigos míos, es esa especie de convenio tácito que hay en el mundo político, no ya para mentir, sino para alargar y disfrazar la verdad; y en caso de necesidad, para disimular sin conciencia y calumniar. ¡Ah! os lo digo ingenuamente: hay ocasiones en que imagino que hasta el aire está indolido, y al aspirarlo me parece aspirar mentiras, y me hace daño y me alaga.

Algunas veces abatido el espíritu, parecíame que una voz secreta me decía: «¿cómo es posible que habías? Tú no naciste para mezclarte en luchas electorales ni en luchas parlamentarias: hasta ahora tuviste la fortuna de no oír á nadie, no sigas en peligro de caer; hasta ahora tuviste la fortuna de no hacer daño á nadie; no sigas en peligro de caer. Nada puedes pretender, nada puedes ser: cállate, pues, ¿por qué hablas?»

Esto es verdad, contestaba yo, pero ¿y la conciencia? Y seguía la voz secreta diciendo: «Cuando lleguen los días desenfrenados, los grandes hombres, los príncipes de la política agitarán las alas y volarán: irán á beber las aguas amargas del Sena, á refrescarse en los Eliseos ó á maravillarse en el gran teatro; pero tú estarás aquí, tus hijos y tu pobreza aquí te han de tener como al siervo antiguo, miserablemente pagado al terruño. Cállate, ¿por qué hablas?»

Es verdad, contestaba yo; pero ¿y la conciencia? Mas llega un tiempo, señores diputados, en que la conciencia deja de gritar, y queda satisfecha y tranquila; y yo declaro, que si resuelta la cuestión de enseñanza como lo hacéis, es reconocido el llamado reino de Italia como lo ofrecéis; para mí al menos es llegado ese tiempo. Vosotros por lo visto amáis la revolución; quedos, pues, á solas con ella; mucho me alegraré de que os trate con la posible blandura, y de que al llegar á la liquidación de cuentas no se acuerde de Loja. Por lo que á mí hace, considero que la revolución está hecha; sólo faltará que levante su azote y nos castigue; la carne la lo teme; el espíritu sabe que nada podemos perder y tenemos mucho que ganar; todos pecamos, todos merecemos el castigo. Los castigos que Dios envía son sus grandes oradores;

despiertan á los dormidos, avivan á los despiertos, obligan por el dolor á los hombres á levantar sus ojos al cielo. Concluyo: yo no he conspirado nunca; yo no he de conspirar jamás; yo debo pedir á Dios que ilumine y guarde á la Reina, que es nuestra Reina... Por lo demás, resueltas esas cuestiones como me temo, os saludaré efusivamente á todos vosotros, mis compañeros queridos; me despido sin pesar del mundo político, para el que ciertamente no me voy; y si hombre pequeño y humilde, me es lícito recordar las grandes palabras de Bossuet, quiero de hoy en adelante consagrar á la Iglesia católica apostólica romana, en cuya fe murieron mis padres y en cuya fe pronto moriré, los restos de este fuego que se extingue, y de esta voz que destallece.

Acerea del viaje de los Reyes á las provincias Vascongadas circularán mil versiones contradictorias, pues mientras los unos afirman que se realízará, los otros no se contentan con negarlo, sino que hasta aseguran que ni aun en la Granja permanecerán, llegando hasta á fijar el día 14 como el del regreso de la corte á Madrid.

Los ministeriales son los que en su mayoría sostienen la realización; pero si, como aseguran los otros, aquellos no pueden saber ciertamente lo que sucederá, porque el acuerdo se ha tomado sin contar con los ministros, la cosa puede tener cierta gravedad.

Nosotros en este punto estamos á lo que nos digan los demás periódicos, y por eso nos limitamos á consignarlo.

Hace próximamente un mes que cuando los ministros y los ministeriales de hoy estaban en la oposición, pidió uno de estos la palabra para denunciar el hecho de que se invitase á los señores diputados ministeriales á asistir á determinadas sesiones por medio de esquelas litografiadas acompañadas de targets del á la sazón ministro de la Gobernación Sr. Gonzalez Brabo.

No tenemos para qué decir lo que nos parece de semejantes recursos parlamentarios; pero sea como quiera, el hecho no debió ser tan grave ni el medio debió parecer tan poco legal y constitucional y oportuno cuando ha sido aceptado por los ministeriales de hoy, á quienes se les ha invitado para concurrir á votar hoy el proyecto de autorización para plantear la ley electoral por medio de la consabida eschuela y su oportuna targeta.

La adopción de este recurso, la conservación de las direcciones creadas en el ministerio de la Gobernación, y el aprovecharse del producto de la subasta de títulos del 3 por 100, cosas todas contra las cuales se pronunció el *vicalvarismo* tan rudamente desde la oposición, prueban elocuentemente que así el Sr. Posada Herrera cuando hablaba de pedazos de pan que se arrojaban, como Sr. Cánovas calificando á tal partida de pan liberalista, sabían lo que se decían.

«Quorum Deus venter est.»

Un redactor de *La Iberia* empezó á publicar hace algún tiempo una llamada *Historia del neo-catolicismo*. Con sólo lo dicho casi hay bastante para formar juicio acerca de la tal historia; pero si además saben nuestros lectores que en ella se llama *neo-católicos* á los Pontífices, sabido lo que entienden los liberales por *neo-católico*, el juicio que este les merece y lo que suelen decir de sus hombres, ya tienen lo necesario para repetir con pocas diferencias cuanto dice el susodicho redactor de *La Iberia*. La segunda entrega de la obra era de tal catadura, que, según cuenta hoy la misma *Iberia*, fué devuelta de la fiscalía al editor con algunos párrafos rayados. Esto dió lugar á que el autor fuese á ver al fiscal, quien le aconsejó que retirara la obra si no quería que fuese prohibida.

Negóse á ello el autor, se paralizó el asunto, y entretanto, subió al poder la Unión liberal, y ayer se expidió el pase para la publicación de la segunda entrega.

Probablemente el fiscal escuchará ayer el discurso del Sr. Posada Herrera, y á él habrá atemperado su criterio.

Como nuestros lectores verán en otra parte, el discurso pronunciado ayer por el Sr. Posada Herrera en el Congreso, merece que llamemos hacia él toda su atención. Es una demostración más de lo que tantas veces hemos repetido: los campos se deslindan, cada uno va tomando plaza en el que le corresponde, y dentro de poco sólo habrá dos agrupaciones, dos partidos, si así quiere llamárselos.

Yo vengo á emitir por completo nuestro juicio acerca de tan notable discurso, vamos á reproducir algunos párrafos de determinados periódicos, por los que nuestros lectores conocerán el que á ellos les merece.

Dice *La Discusión*:

«Deteniamonos un punto en el discurso del ministro de la Gobernación, que ciertamente contiene conceptos de trascendencia.

Había dicho el Sr. Aparisi que, como buen padre, no consentiría que sus hijos asistieran á la cátedra del Sr. Castelar, porque no quería que aprendieran lecciones de revolución.

Y bien: El ministro replicó al diputado que otros padres de familia no consentirían que sus hijos aprendieran lecciones de absolutismo, y otros á su vez no consentirían que los suyos aprendieran lecciones de constitucionalismo; por lo cual, decía el ministro, la cuestión de enseñanza no puede resolverse más que por la libertad.

Conste, pues, de ahora para siempre, que el ministro de la Gobernación ha defendido en plena Cámara de los diputados LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA.

Otras palabras del Sr. Posada Herrera causaron también en la Cámara profunda sensación. Aseguró que si hoy surgía una revolución en España, la provocarían los reaccionarios. En este caso cree el ministro que la reacción perecería para siempre.

Como si esta alusión no explicara bien su pensamiento, el orador recordó una vez de Fernando VII que hizo subir las escaleras del patibulo á honrados ciudadanos y barones insignes.

Afirmó que dos siglos de abyección absolutista habían educado la sociedad española para la hiel y para el trabajo, pues la arrancaban de las fábricas para alimentarla con la sopa de los conventos. De aquí la cuestión social que que hubiera en su discurso el Sr. Aparisi.

Al llegar á este punto, el Sr. Posada Herrera fué de opinión que la cuestión social sólo se resuelve por medio de la libertad. Como de paso diremos al ministro de la Gobernación que no ha meditado bien sus palabras. *La libertad* no basta por sí sola para resolver las cuestiones sociales. Para este objeto la igualdad es tan necesaria como la libertad. Si falta uno de los términos, la cuestión social no puede absolutamente resolverse.

En seguida, el ministro, pasando á ocuparse en otro punto del discurso del Sr. Aparisi, que se refería á lo que el diputado vasciano llama *actual corrupción*

de las costumbres públicas, dijo que si tal corrupción existe es culpa de la sociedad de hoy.

De antiguo los españoles han venido recibiendo una educación católica, y por tanto, *tanto lo que hoy pase no puede ser culpa más que de la Catolicismo, que ha influido en la sociedad por espacio de doscientos años.* (Estas palabras las tomamos del extracto de la sesión que publicará hoy la *Gaceta*.)

Otros puntos trató el ministro de la Gobernación en su discurso, y de todos ellos salió el neo-catolicismo, y algo más que el neo-catolicismo, tan mal parado, que derrota igual no, ha sufrido en nuestro Parlamento.

Recomendamos á nuestros lectores la lectura de aquel discurso, cuyo extracto damos en la sección correspondiente. Lo conceptuamos, en las presentes circunstancias, muy significativo. A no dudar, se acercan graves sucesos.

Esperemos, esperemos.

La Democracia:

«Sería inútil negar que el discurso del Sr. Posada Herrera fué acogido con satisfacción por el público. Las teorías neo-católicas, tanto sobre soberanas, fueron agudamente criticadas y rebatidas. En la enseñanza como en la economía, pero sobre todo en sus demostraciones histórico-políticas, el Sr. Posada estuvo verdaderamente explícito.»

La Iberia:

«S. S. se mostró en su discurso radical, y el público aplaude las doctrinas sin mirar á los hombres que las sustentan.»

Las Novedades, aunque no cree en la sinceridad de las opiniones del ministro de la Gobernación, dice de él lo que sigue:

«Levantóse entonces el Sr. Posada Herrera, y subióse al monte Aventino de la libertad, enarbó la bandera del progreso con el mismo entusiasmo, con el mismo entusiasmo que si fuese el soldado ó el jefe de la hueste.»

«Al escuchar al Sr. Posada Herrera, nadie diría que era el ministro de la Gobernación de la Unión liberal, sino el hombre que se había resellado al partido progresista.»

Ya sabíamos nosotros que los diarios más exaltados recibirían muy bien el discurso del Sr. Posada Herrera, y lo sabíamos porque, antes de publicarse estos periódicos habíamos oído decir ayer entre sus hombres, á algunos, que siendo ministros constitucionales de doña Isabel II jamás se hubieran atrevido á decir cosas tan graves como las que dijo el actual de la Gobernación, y á otros que en ningún Parlamento se habían expresado no ya por un ministro sino por ningún diputado, opiniones tan avanzadas como las que ayer se oyeron en el Congreso de la católica España, «ni aun en Florencia», decía un periodista democrata.

Pero aun después de lo explícito que estuvo el señor ministro de la Gobernación, aún era posible que meditando sobre la gravedad de sus palabras hubiera querido atenuarla por medio de sus órganos en la prensa. Nada de eso; la prensa ministerial, y sobre todo el órgano más autorizado del Sr. Posada Herrera, confirman el acierto con que sus colegas han juzgado el discurso de S. S.

Véase como se expresa *El Diario Español*:

«Elocuente, incisivo, contundente, estuvo el señor Posada Herrera: sus discursos de ayer y antes de ayer son un completo programa político, el más amplio, el más trascendente que ha formulado ningún ministro por la Corona desde que nos rigen instituciones representativas.

El país está de enhorabuena, porque sólo esa política puede salvarle, y porque el ministerio tiene el propósito de cumplirla en todas sus partes y la fuerza necesaria para conseguirla.»

El Contemporáneo:

«La libertad avanza cada día más por las regiones del poder: ¿que Dios proteja y asegure el triunfo definitivo de la libertad?»

En fin, la sorpresa ha sido universal; unos en un sentido, otros en otro, todos los diarios hacen notar la gravedad de las palabras del señor Posada.

Véase lo que dice *Los Tiempos*:

«Afirmó el Sr. Posada Herrera, con asombro de la Cámara, que los crímenes, defectos y vicios característicos de la sociedad de nuestros días, son una consecuencia del Catolicismo.

Según el Sr. Posada Herrera, el Catolicismo, verdad eterna, es fuente de errores; el Catolicismo, santidad y justicia por esencia, es manantial de vicios y de crímenes; el Catolicismo, luz perenne de la humanidad á través de todos los siglos, es sombra en que se envuelven las generaciones, casos en que la sociedad perece.

No creíamos capaz de desatinar tanto al Sr. Posada Herrera.»

No en vano el Sr. Aparisi llamó al Sr. Posada *el gran sepulturero*. En efecto, el Sr. Posada con discursos como el de ayer en el Congreso, acabará por enterrar los partidos medios y sólo quedarán como hemos dicho dos grandes partidos: católico y liberal.

Estos son los ministros que se usan en el mundo cuando peligran los Reyes, decía ayer el Sr. Aparisi.

MARAT ha dicho á *La Discusión* que lo acogido el domingo en la plaza de Toros al señor Gonzalez Brabo, no fué más que una broma.

Y le anuncia que otro día será otra cosa.

Y cuando MARAT escribiera esto, parte de esa otra cosa estaba ya siendo en la Puerta del Sol.

Porque en efecto, ayer era ya otro día.

Por más que no fuese aún el día de Marat.

ULTIMA HORA.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Miguel de los Santos y Santa Zoa, mártir.

SANTO DE MAÑANA. Santa Lucía, virgen y mártir.

CULTOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de San Fermín, donde por la mañana habrá Misa mayor y por la tarde vísperas y reserva.

En la iglesia de Monjas del Caballero de Gracia se celebrará función a San Blas, con Misa mayor, maitines y sermón, que predicará D. Pío Hernández Frías.

Continúa la novena de la Virgen del Milagro en las Descalzas Reales, y predicará en la Misa mayor don Ambrosio Infantes, y por la tarde en los ejercicios don Castor Compañía.

En San Antonio del Prado continúa celebrándose la novena de Nuestra Señora del Carmen, y será orador por la mañana en la Misa mayor el Sr. Compañía, y por la tarde en los ejercicios D. Vicente Pastor.

Termina el triduo a San Francisco de Sales, en las Salesas viejas, predicando hoy D. Ramon García de los Santos.

VISITA DE LA CORTE DE MARÍA.—Nuestra Señora de Atocha en su iglesia, ó la de Covadonga en San Luis.

Se reza de la octava de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, con rito doble y color encarnado.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia continúan en el Real Sitio de San Ildefonso sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE LA GUERRA.

Reales decretos.

Vengo en disponer que el brigadier D. Juan Gómez Landero cese en el cargo de fiscal militar del Tribunal Supremo de Guerra y Marina; quedando muy satisfecho del celo, inteligencia y lealtad con que lo ha desempeñado.

Vengo en nombrar fiscal militar del Tribunal Supremo de Guerra y Marina al brigadier D. Pedro Abades y Soto.

Dados en Palacio a primero de Julio de mil ochocientos sesenta y cinco.—Están rubricados de la Real mano.—El ministro de la Guerra, Leopoldo O'Donnell.

Doña Isabel II, por la gracia de Dios y la Constitución de la Monarquía española Reina de las Españas. A todos los que la presente vieren y entendieren, séales que las Cortes han decretado y Nos sancionado lo siguiente:

Artículo único. Se concede a doña Encarnación Vassallo, viuda del capitán de infantería D. Francisco de Cárdenas y Peña, la pensión de 4.000 reales anuales que al citado empleo corresponde por el reglamento del Monte Pío militar y cuyo percibo se sujetará a las prescripciones del mismo.

Por tanto: mandamos a todos los tribunales, justicias, jefes, gobernadores y demás autoridades, así civiles como militares y eclesiásticas, de cualquiera clase y dignidad, que guarden y hagan guardar, cumplir y ejecutar la presente ley en todas sus partes.

Dado en San Ildefonso a dos de Julio de mil ochocientos sesenta y cinco.—Yo la Reina.—El ministro de la Guerra, Leopoldo O'Donnell.

MINISTERIO DE HACIENDA.

Reales decretos.

Vengo en admitir a D. José María de Bremon la dimisión que ha presentado del cargo de director de Contribuciones, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponda, y quedando satisfecho del celo y lealtad con que lo ha desempeñado.

Vengo en nombrar director general de Contribuciones a D. José Farías, presidente cesante de la junta de clases pasivas.

Dados en Palacio a treinta de Junio de mil ochocientos sesenta y cinco.—Están rubricados de la Real mano.—El ministro de Hacienda, Manuel Albino Martínez.

REAL DECRETO.

En vista de las razones que me ha expuesto el ministro de Ultramar, y de acuerdo con el Consejo de ministros, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Los gastos ordinarios del servicio del Estado en la isla de Cuba para el año que empezará en 1.º de Julio de 1885, y terminará en fin de Junio de 1886, se presuponen en 32.424.568 escudos distribuidos por secciones, capítulos y artículos, según el estado adjunto letra A.

Art. 2.º Los ingresos para cubrir las obligaciones del Estado en la misma isla de Cuba durante el expresado año, se calculan en la cantidad de 63.715.346 escudos, según el pormenor de secciones, capítulos y artículos que aparecen del estado adjunto letra B.

Art. 3.º Los gastos extraordinarios durante el mismo período destinálos a nuevas construcciones y a grandes reparaciones, se presuponen en 1.488.193 escudos distribuidos en servicios de Gracia y Justicia, Guerra, Marina, Gobernación y Fomento, según aparece del estado adjunto letra C.

Art. 4.º De los 11.290.777 escudos en que el ingreso calculado supera a los gastos ordinarios presupuestos y los 939.976 escudos importe de los créditos consignados para formalización de pagos hechos, que son un aumento a este sobrante y dan por consiguiente un total disponible de 12.230.433 escudos, se aplicarán:

1.488.193 escudos a cubrir las obligaciones incluidas en el presupuesto extraordinario.

6.999.000 escudos a la amortización de los bonos que debe llevarse a efecto durante el ejercicio de este presupuesto.

4.000.000 escudos de reintegro al Banco Español de la Habana de las anticipaciones hechas por el mismo a las cajas de la isla.

Art. 5.º Se declaran permanentes los créditos del presupuesto extraordinario de 1884-85 de que no se hubiere hecho uso durante su ejercicio y que hayan de invertirse en obligaciones pendientes de ejecución, aprobadas por Reales órdenes.

Art. 6.º El ministro de Ultramar, dentro de los créditos señalados a cada capítulo del presupuesto ordinario de gastos, podrá hacer las transferencias de las cantidades remanentes de uno a varios artículos cuando sea necesario y alcance para cubrir el déficit de lo asignado en otros artículos del mismo capítulo.

Dado en Aranjuez a veintinueve de Mayo de mil ochocientos sesenta y cinco.—Está rubricado de la Real mano.—El ministro de Ultramar, Manuel de Seijas Lozano.

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARQUES DEL DUERO.

Extracto de la sesión celebrada el día 4 de Julio de 1885.

Se abrió a las dos y cuarto, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

ORDEN DEL DIA.

Sorteo de las secciones.

Terminado el sorteo de las secciones, se puso a discusión el articulado del proyecto de ley de presupuestos.

Se aprobaron los artículos 1.º, 2.º y 3.º sin discusión.

El Sr. PASTOR hizo algunas observaciones a propósito del art. 4.º encaminadas a probar la conveniencia del arreglo de nuestras deudas, cuyas diferentes clases deberían ponerse en relación con las condiciones de las deudas de otros países.

El señor ministro de HACIENDA contestó que era muy digno de estudiarse cuanto se refiriese a la deuda flotante, y que prometía al Sr. Pastor tener en cuenta sus observaciones para su día.

Sin más debate, se aprobó el artículo 4.º

El Sr. SANTA CRUZ se opuso a lo que marca el art. 5.º sobre el surtido de la sal para los ganaderos, porque era imposible para algunos el acudir por aquel artículo precisamente a las mismas capitales. El orador abogó porque se dispusiera que se les diese la sal a los ganaderos, no sólo en las capitales, sino en otros alfórfes.

El Sr. INFANTE contestó en nombre de la comisión que esta no admitía enmiendas al artículo; pero que creía que sin necesidad de ellas y sin faltar a la letra del mismo, podría el Gobierno acordar que se expidiese sal a los ganaderos en las capitales y en otros alfórfes de la provincia.

El señor ministro de HACIENDA declaró que estudiaría el negocio y acordaría lo mismo que la comisión había indicado, si en ello no había inconveniente.

Sin más discusión se aprobó el art. 5.º y los siguientes hasta el 9.º

El Sr. BRAVO MURILLO defendió una enmienda al art. 10, en la que se fijaban las bases de una ley de empleados de todas las carreras del Estado.

El señor ministro de HACIENDA declaró con conforme se hallaba con la idea que servía de base a la enmienda del Sr. Bravo Murillo, y cuán dispuesto se hallaba el Gobierno a plantear una ley de empleados que tan necesaria era y tan justamente pedía la opinión pública.

Para probar cuáles eran las ideas del Gobierno, declaró que todos los ministros estaban dispuestos a anular todos los nombramientos hechos contra la ley vigente, hasta aquellos que hubiera hecho alguno de los actuales ministros, si al hacerlo, y por equivocación, se faltó a la misma ley.

Por lo demás, repitió que el Gobierno formularía un proyecto y haría los reglamentos y los escalafones.

El Sr. CALONGE, de la comisión, expuso sus creencias contrarias a las del Sr. Bravo Murillo, en cuanto a que una ley tan trascendental y necesaria como la de empleados, cupiese y fuese duradera dentro del articulado de una ley tan pasajera como la de presupuestos. Ley de tal trascendencia era para estudiada y meditada, porque no a todas las carreras podía considerarse y sujetarse a iguales condiciones.

Declaró de pasada que él y sus compañeros aceptaban los presupuestos actuales en todos sus extremos, y que si los aprobaban era por puro patriotismo.

Negó que el Gobierno pudiera con justicia anular nombramientos, como que quería hacer el Sr. Alonso Martínez, porque no habría razón legal para hacerlo, y el intentar sería indigno, añadiendo, que si había responsabilidad, se exigiera al que dió los empleos, pero que no se perjudicara al que los recibió, que era como un poseedor de buena fe. Bueno que se presentase la ley de empleados; pero no que el Gobierno, dejándose arrastrar por ciertas causas populares, tratase de hacer lo que no puede hacer sin graves perjuicios para las instituciones.

Y terminó declarando que no podía admitirse la enmienda del Sr. Bravo Murillo.

El señor ministro de HACIENDA declaró que sus palabras sobre empleados no significaban que el Gobierno siguiera a remojo que las indicaciones del Sr. Bravo Murillo, sino que el Gobierno entendía de tal manera la necesidad de la ley de empleados que ya la tenía formulada y la discutía en consejo.

Hiéndose cargo de los temores del Sr. Calonge de que el Gobierno tratase de hacer una restauración, lo calmó, declarando que el Gobierno tenía conciencia de su misión y meditaba sus actos sujetándose a las leyes.

Respecto a que el Rey no se equivocaba nunca, como dijo el Sr. Calonge, replicó el ministro de Hacienda, que tal frase era bella, pero nada más, porque el Rey no se equivocaba, ni podía equivocarse dentro del sistema constitucional, que declaraba inviolable e indiscutible al Monarca, y responsables a sus ministros.

Por último, consignó una vez más que el Gobierno cumpliría la ley y nada más.

Y terminó asegurándole al Sr. Calonge que el Gobierno no se dejaba llevar del aura popular, pero tampoco se oponía a escuchar la opinión pública.

El Sr. CALONGE rectificó insistiendo en que no había leyes, fijando las condiciones de ingreso en las carreras.

El señor ministro de HACIENDA recordó que existían leyes, y le citó la de presupuestos del año que ha terminado en 30 de Junio, en que se consignaban aquellas condiciones.

Se aprobó el art. 10.º

El Sr. GALVEZ CAÑERO habló sobre el artículo 11 para abogar por la clase de registradores de la propiedad, en favor de cuya clase pidió la declaración de derechos pasivos, y cuya declaración deseaba que constase positivamente en el art. 11, mediante una manifestación afirmativa del Gobierno.

El señor ministro de HACIENDA contestó que el artículo estaba redactado terminantemente, sin que pueda interpretarse por una declaración del Gobierno.

El Sr. ORTIZ DE ZUNIGA, de la comisión, declaró que en el art. 11 estaban comprendidos los registradores, porque les daba este derecho el decreto de Mayo de 1861, por el que se les reconocía opción a derechos pasivos.

Aprobóse el art. 11 y todos los demás de la ley sin discusión.

Y se levantó la sesión.

Eran las cinco y media.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR ALTAREZ.

Extracto de la sesión celebrada el día 4 de Julio de 1885.

Se abrió a las dos y media, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

Quedó sobre la mesa la relación de los nombramientos hechos por el ministerio de Fomento desde el 12 al 21 de Junio último.

Se declararon conformes con lo acordado, y se aprobaron definitivamente el proyecto de ley de arreglo de la carrera consular, y el de modificación de la ley de enjuiciamiento mercantil.

ORDEN DEL DIA.

Ley electoral.

Entrándose en la discusión del artículo único del proyecto de autorización, dijo

El Sr. APARISI, lo que verán nuestros lectores en otro lugar.

El señor ministro de la GOBERNACION: (1) Después del elocuente discurso del Sr. Aparisi, con la pasión y el sentimiento del que da un adios a este mundo para dedicarse a la Religión católica, apostólica, romana, es casi imposible que yo pueda decir nada que os haga olvidar la pérdida de un amigo tan caro. Pero, sin embargo, yo creo que todas esas cosas que dice el Sr. Aparisi, son recursos oratorios que no se verificarán, porque es imposible que su señoría, que ha poco nos hablaba de la conciencia, se retire del combate, donde puede estar para defender esas instituciones que le son tan queridas.

El Sr. Aparisi, señores, es lo contrario de lo que S. S. cree ser; porque es el mejor abogado de la revolución, en el hecho de considerar imposibles cosas necesarias, y de excluir a las clases pobres contra las ricas, recordando instituciones que no se pueden resucitar; cuando se dice al pueblo que nadie se ocupa de sus intereses, y lejos de indicar el remedio, se hacen tristes profecías para todos los poderes del Estado, se hace más para provocar esa revolución que lo que hacen esos a que S. S. moteja como perturbadores de la sociedad.

Si el Sr. Aparisi es católico, apostólico, romano, todos nos parecemos de serio, y yo debo decir a S. S. que las frases que hoy ha pronunciado, más que por esa religión, parecerán inspiradas por otros móviles.

Si no conociéramos al Sr. Aparisi y al partido en que milita, podrían hacernos más impresión: pero como hemos visto que cuando Pío IX entraba en ciertas vías, le criticaban y le censuraban sin respeto a su elevado carácter, podemos creer que hoy hacen sus declaraciones de móviles semejantes a los que entonces tenían.

Yo no creo, señores, que amen ciertas instituciones los que las quieren consideradas unidas con sucesos mundanos y transitorios: más las amamos los que creemos que estas altas instituciones no pueden alterarse por los sucesos de este mundo. ¿Pretende S. S. ser más católico que nuestros padres? Pues recuerde si no la política que otras veces hemos seguido respecto de la Santa Sede.

Nosotros, señores, sentimos mucho no ser benditos por el Sr. Aparisi; pero creo que la solución que podamos adoptar en este asunto tendrá las simpatías de la nación entera, que no por eso dejará de ser católica, apostólica y romana. No digo más que esto, porque el pueblo de ministro de la Corona me impide ser más explícito.

Viniendo ahora a la cuestión de enseñanza, el señor Aparisi siente que continúan en sus cátedras ciertos profesores, y decía que éramos tiranos de la peor clase, porque obligábamos a los jóvenes a ir a tomar lecciones de revolución; pero ha de pensar S. S. que lo mismo que a S. S. le sucede, puede suceder a otros con las doctrinas de estos profesores, y si esto se consintiera, cada padre podría poner el veto a un profesor; lo cual demuestra que la libertad es tan buena, que hay que buscar en ella el remedio de todos nuestros males.

Y léngase en cuenta, señores, que el hecho que asienta el Sr. Aparisi de que los profesores enseñan en las cátedras doctrinas que escriben en sus periódicos, es inexacto; esos profesores enseñaban su asignatura sin faltar a la ley de Instrucción pública, que es la defensa de los padres; y si bien el profesor y el periodista son una misma persona, no es preciso que traten en la cátedra las mismas doctrinas que tratan en el periódico. ¿Separaría S. S. a un periodista democrata que explicara una cátedra de geometría? Pues a eso lleva precisamente su sistema.

El Sr. Aparisi ha venido hoy a explicarnos sus discursos del principio de la legislación; entonces decía S. S.: ¡Esto se va y hoy ha dicho yo voy; de lo cual deduzco yo que al Sr. Aparisi le sucedía lo que a lo que se embarca, que cuando él es el que se mueve, se le figura que la tierra es la que se marcha. No se asuste, pues, el Sr. Aparisi, que no por sus pronósticos dejará de regir el mundo su marcha tranquila y sosegada.

El Sr. Aparisi decía que había votado con el Gobierno para votar contra las oposiciones, que eran la revolución; yo la temería mucho más que hoy si sus señorías estuvieran en este sitio, porque S. S. proclamarían esa revolución sin tener fuerza para resistir.

(1) De este discurso, del cual apenas di una ligera idea el presente extracto, a pesar de ser el publicado por la Gaceta, nos reservamos hacer que nuestros lectores conozcan la parte que conviene para formar una idea del hombre que lo pronunció. Al efecto publicaremos, tomándolo del Diario de Sesiones, los trozos que juzgamos oportunos.

En prueba de ello, si S. S. tienen tanto apoyo en el país, ¿por qué resisten una elección en que ha de tener parte la mayoría del mismo?

S. S., después de decir que si debía ser elector el que paga 200 rs. debía ser el que no pagara nada, decía que no quería el sufragio universal, sino una elección en que no tomaran parte más que los letrados, los Sacerdotes, las capacidades en fin. ¡Bonito sistema electoral es el que proyecta S. S. (El señor Aparisi: No he dicho eso.) ¡Pues entonces qué ha dicho S. S.? Yo no lo sé; y ese es el mal que tienen los discursos del Sr. Aparisi, que no pueden contestarse porque no son más que declaraciones que minan los fundamentos de la sociedad sin sustituirlos con nada; porque como S. S. dice que ya no tiene nada que perder, no le importa que se desplome todo el edificio social.

Yo no sé si el Sr. Aparisi me quiere bien, porque siempre le he visto en oposición conmigo como hombre público; pero no creo que S. S. se deje llevar en este punto por odios políticos, porque no puedo creer en la fe que S. S. tiene en algunas de sus ideas. ¡Cómo he de creer al Sr. Aparisi cuando habla de libertad, de esa libertad que S. S. quiere medir cuando sea Gobierno, y que no es libertad, sino tiranía! ¡Cómo he de creer eso, cuando recuerdo que los hombres que profesan sus ideas, decían en Mayo de 1814 que aborrecían el despotismo, y que el estado de la Europa no lo consentía, y al día siguiente de escribir estas palabras y de firmarlas el Monarca, se lleva a los calabozos y hasta se condenaba a muerte por orden autógrafa del sumo imperante, a hombres honrados que se habían sacrificado por el Monarca y por la Religión y a eclesiásticos dignísimos de cuyas virtudes da hoy testimonio la España entera!

Cuando tenemos este ejemplo, Sr. Aparisi, si S. S. no se fia de mí hablando de elecciones, yo puedo no fiarme de S. S. hablando de libertad.

Pero yo no quiero que S. S. se fie de mí porque no soy bendito, ni para S. S. ni mucho menos para sus amigos; fíese del proyecto que está ahí y no busque mi persona para combatir la ley buscando frases generales para manifestar su pensamiento político.

S. S. habló de la cuestión social, cuestión gravísima que S. S. es el primero en presentar en este sitio, donde no debe venir mientras fuera no se sientan las dificultades que nosotros no hemos sentido hasta hoy. ¿Dónde se ha hecho sentir esa cuestión que es una cuestión eminentemente económica? En ninguna parte, porque aquí todo el mundo encuentra trabajo y no hay motivo para alarmarse de la cuestión social. Y si viniera mañana ¿quién la habría traído? Los que en vez de acostumbrar al pueblo al trabajo le llevaban a la sopa de los conventos, y en vez de entregar la propiedad a las manos activas de los trabajadores, la amortizaban y la llenaban de trabas y obstáculos para su crecimiento.

Y respecto de la cuestión de enseñanza, ¿creo su señoría que puede bastarnos hoy la que se daba por la Iglesia en la época a que se ha referido? No, hoy no necesitamos tantos moralistas y filósofos como industriales y jornaleros inteligentes; y si mucho bueno hizo el Clero en su época, no es malo todo lo que ha hecho la sociedad actual. No hay quien dude lo mucho que ha hecho el Catolicismo en nuestra civilización; pero todo lo que hoy pase no puede ser culpa más que del Catolicismo que ha influido en la sociedad por espacio de 200 años.

Yo no sé qué idea tiene el Sr. Aparisi del origen de la autoridad. S. S. ha hecho hoy una historia de esto, y repetido lo que dijo en otra ocasión de que en la autoridad había algo de divino. Pues si esto es así, no se reserve S. S. ese *quid divinum* para sí y sus amigos exclusivamente, negándose a todos los demás.

Pero, señores, estamos discutiendo la ley electoral, y nadie lo diría; es menester, pues, ceñirse a ella, y puesto que el Sr. Aparisi cree que su partido es la mayoría del país, acéptelo, porque de lo contrario lo que pensaríamos todos es que, si aun ensanchando tan grandemente el cuerpo electoral no puede tener mayoría aquí, es porque S. S. y sus amigos están en minoría entre las minorías.

El Sr. VALERA, como de la comisión, contestó al señor Aparisi combatiendo los diferentes argumentos del Sr. Aparisi, sosteniendo que él era tan católico como el Sr. Aparisi, y que le dolía que se defendiera el Catolicismo como lo hacían los que pretendían ser sus más firmes defensores.

Dijo que los periódicos que antes criticaban los desmanes de la prensa, eran los que más se entregaban a estos excesos ahora.

Observó que casi ninguno de los argumentos del Sr. Aparisi se refería a la cuestión sometida al debate.

Terminado el discurso del Sr. Valera, se levantó la sesión.

Eran las seis y cuarto.

Mercado de Madrid.

ENTRADO POR LAS PUERTAS EN EL DIA DE AYER.

6746 fanegas de trigo.

2838 arrobas de harina de idem.

13488 arrobas de carbon.

109 vacas que componen 44744 libras de peso.

520 carneros que hacen 13266 libras de peso.

121 corderos que hacen 3309 libras de peso.

PRECIOS DE ARTICULOS AL POR MAYOR Y MENOR EN EL DIA DE AYER.

Reales vellón Cuatro

arroba libra.

Carne de vaca. 48 a 54 22 a 25

Id. de carnero. 48 a 70 22 a 26

Id. de cordero. 48 a 70 22 a 26

Id. de ternera. 90 a 98 30 a 34

Despojos de cerdo. 48 a 54 22 a 26

Tecido ajeño. 85 a 89 30 a 34

Id. fresco. 48 a 54 22 a 26

Id. en canal de S. S. 48 a 54 22 a 26

Lomo. 48 a 54 22 a 26

Jamon. 126 a 134 54 a 60

Acete. 17 a 60 18 a 20

Vino. 38 a 44 12 a 14

Pan de dos libras. 4 a 6 11 a 13

Garbanzos. 44 a 60 16 a 24

Judías. 26 a 34 10 a 14

Arroz. 30 a 38 10 a 14

Lentejas. 19 a 23 8 a 10

Carbon. 7 a 8 20 a 22

Jabon. 83 a 60 20 a 20

Patatas. 7 a 9 3 a 4

PRECIOS DE GRANOS EN EL MERCADO DE AYER.

Trigo. de 41 a 48 Rs. vn.

Cebada. de 23 a 26 Id.

Algarroba. de 4 a 21 Id.

Fondos públicos.

CAMBIO AL CONTADO.

	Publicado.	No publicado.
Titulos del 3 p. $\frac{3}{4}$ consolidado.	42-30	"
Inscripciones en el Gran Libro al 3 p. $\frac{3}{4}$ id.	"	"
Titulos del 3 p. $\frac{3}{4}$ de id. de id.	40-20	Sin cupon.
Inscripciones en el Gran Libro.	"	"
Material del Tesoro preferente con interes	"	"
Idem no preferente, con interes.	"	"
Idem sin interes.	"	"
Participes legos convertibles a 3 p. $\frac{3}{4}$	"	"
Idem del 4 y 5 por 100.	"	"
Deuda amortizable de primera clase.	"	"
Idem amortizable de segunda idem.	"	"
Deuda del personal.	"	23-30
Billetes hipotecarios del Banco de España, de 2000 rs. con 6 por 100 de interes anual.	89-90 sin c.	"
ACCIONES DE CARRETERAS GENERALES, 3 p. $\frac{3}{4}$ ANUAL		
Emission de 1.º de Abril de 1880, de 4 000 rs.	"	85-00
Idem de 2 000 rs.	"	86-00
Idem de 1.º de Junio de 1881, de 2 000 rs.	"	85-00
Idem de 21 de Agosto de 1882, de 2 000 rs.	"	85-00
Idem de 9 de Marzo de 1885, procedente de la de 13 de Agosto de 1882, de 2 000 rs.	"	"
Idem 1.º de Julio de 1886 de 2 000 rs.	Sin cupon.	82-0
Acciones de Obras públicas de 1.º de Julio de 1885.	Sin cupon.	82-25
Del Canal de Isabel II, de 1000 rs. 800 anual Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carriles. . . s. c.	Sin cupon.	par
Acciones del Banco de España.	82-00	"
		142-60